



“Adiós abuelo”, dije en voz baja

Michi tiene diez años y vive con sus padres, su hermana y su abuelo en un barrio de las afueras de Viena. Adora su abuelo y por eso se disgusta tanto al saber que está gravemente enfermo.

Para mi hijo Stoffi

M-i-c-h-a-e-l N-i-d-e-t-z-k-y... Es curioso. Siempre que escribo mi nombre despacio, muy despacio, letra a letra, me resulta extraño. Como si nunca lo hubiera visto u oído antes.

Sí, ya lo sé. Estoy de nuevo pensando en las musarañas. Cierto. Pero mientras el aspirador esté funcionando, nadie me descubrirá.

¡Ay! ¡Qué desgracia la mía! De repente una mano se posa sobre mi hombro. No necesito volver la cabeza para saber a quién pertenece. Desde luego, me parece una traición imperdonable: mamá ha dejado el aspirador en funcionamiento y se me ha acercado por detrás con todo sigilo. ¡Mira que le he dicho una y mil veces que tiene que llamar a la puerta antes de entrar...! Pero como si nada. A mí no se me permite irrumpir en su dormitorio sin más ni más...

—Ya estás otra vez pensando en las musarañas...

No hacía falta que lo repitiera. Lo sé de sobra. Los deberes son tan aburridos... No me apetece un pimiento hacerlos. Total, mañana podré copiárselos a Lechenauer, que es un as de las matemáticas, si llego temprano al colegio.

Mamá levanta el secante.

—¿Te parece bonito escribir tu nombre diez veces seguidas sobre el secante? ¿No ves que se traspasa al cuaderno?

Soy idiota perdido: la mitad de mis deberes aparecen cubiertos por un montón de manchas de tinta. Los he echado a perder y tendré que copiarlos de nuevo.

No es preciso que mamá me advierta que estoy castigado a no ver la televisión. Hoy, precisamente hoy, que ponen Bonanza.

Se sobreentiende. Y claro, mamá no lo dice. Simplemente se limita a salir en silencio de la habitación.

Si al menos no pusiera esa cara de tristeza, de profunda decepción... Preferiría que me gritase cuando se enfada conmigo. Pero no, en vez de eso se dedica a mirarme con esos enormes ojos tristes, y esa actitud me resulta muchísimo más dolorosa, ¡me vuelve loco!

En serio, no me apetece un pimiento hacer los deberes. Tampoco salir al jardín. Está lloviendo otra vez.

Vuelvo a escribir mi nombre un par de veces, pero ya no utilizo el secante. Estoy practicando mi firma.

Sin embargo, cada vez me sale distinta. Cuando mamá firma, su firma del lunes es idéntica a la del viernes. Sin embargo, las letras de la mía cambian a cada momento.

Ahora acabo de hacer la «y» con un enorme lazo en su parte inferior, y ese trazo me parece... sí, verdaderamente elegante, casi adulto.

El abuelo dice que la firma no se fija antes de los dieciséis años, así que a mí todavía me quedan seis. Seis años, dos meses y tres días, para ser más exactos. Casi una eternidad.

¿Y si pasase a ver al abuelo? Quizás me cuente una historia de las de antes, o me deje ver su colección de monedas, u hojear los libros antiguos.

Salgo con sigilo de mi habitación. Mamá sigue en la cocina, de cháchara con la Nowotny. La oigo hablar.

La señora Nowotny viene todos los días a limpiar la casa. Yo no la soporto. Tiene una voz chillona, tan chillona que parece el silbato de una locomotora de vapor. Además me trata como a un niño pequeño.

—¡Miiiiichi...! —me llama en ocasiones.

Yo, en cuanto oigo esa palabra, pongo los pies en polvorosa.

El abuelo vive en nuestra casa, en una habitación muy espaciosa. Sin embargo, a su cuarto siempre lo llama «mi casa». La verdad es que tampoco necesita más, porque puede comer y asearse en la nuestra. La casa es muy vieja. Tiene justo setenta y nueve años, los mismos que el abuelo. Él fue quien la compró, cuando era joven, para su mujer, para sus tres hijos y para él mismo. Uno de esos tres hijos es mi papá.

Nuestra casa no es muy grande. Dispone del espacio necesario para mis padres, para mi hermana y para mí. ¡Ah! Y para el abuelo.

—Antes la gente no necesitaba tanto sitio para vivir —opina el abuelo.

Y yo creo que no le falta razón porque donde ahora vive él, vivió en el pasado la niñera. Eso sucedió hace ya muchos años, cuando mi papá todavía no iba al colegio. Entonces la familia Nidetzky podía permitirse esos lujos. Luego ya no fue posible.

El abuelo está sentado en la cama leyendo. Es asombroso: al abuelo los libros nunca le resultan pesados o aburridos. Siempre hay montones de ellos encima del edredón. A mamá esto la saca de quicio.

—¡Los libros están llenos de polvo y tengo que mudar la cama demasiado a menudo!

Yo creo que el abuelo no toma en serio a mamá, pues cada vez que ella le regaña, él responde siempre con una sonrisa. En ocasiones hasta se tapa los oídos y entonces mamá se enfurece tanto que abandona la habitación dando un portazo brutal.

También ahora sonrío el abuelo, pero su sonrisa está dedicada a mí: ya me ha visto.

—No tienes ganas de hacer los deberes, ¿verdad? —me pregunta con la sonrisa en los labios.

El abuelo es capaz de leer los pensamientos ajenos. Él dice que puede leer los pensamientos a cualquiera con sólo mirarle a la cara.

Me siento a su lado sobre la colcha.

—La Nowotny acaba de llegar —le explico.

Tomo al azar un libro. Se titula *La mujer en los pueblos primitivos*. Todas las ilustraciones son retratos de negras desnudas. A mí la obra no me atrae lo más mínimo; al abuelo, sin embargo, le gusta. En cierta ocasión le oí decir que las negras desnudas tienen mucha cultura, o algo parecido.

Me levanto y curioseo un poco.

La habitación del abuelo es la más bonita de la casa. Yo la encuentro fascinante, aunque mis padres afirman que el abuelo está un poco loco. Todo porque es un coleccionista empedernido.

En su cuarto se juntan las cosas más inverosímiles.

—Parece una chamarilería —se lamenta mamá.

Ella sabe que no debe tirar nada cuando limpia el cuarto, porque el abuelo se pondría hecho una furia. Le tiene mucho cariño a sus cosas. Ha conservado todo cuanto ha llegado a sus manos a lo largo de su vida. Son cosas que a él le parecen bellas, objetos «con valor sentimental», los llama él, y añade: «Cada uno tiene su historia».

Hace unos años, cuando el abuelo era más ágil, solía llevarme al Dorotheum. El Dorotheum es una casa de empeños muy, muy antigua y muy, muy famosa, situada en el primer distrito de Viena. Allí se celebran subastas. El abuelo ha comprado infinidad de cosas en las subastas de «Tía Dorotea», nombre familiar que los vieneses dan al Dorotheum.

—¡Bas! —opina papá—, no son más que baratijas sin valor...

Pero no le quita el gusto al abuelo.

A mí, desde luego, no me parecen baratijas. El abuelo guarda en una caja por lo menos cien gafas. Y relojes viejos —de bolsillo, de pulsera, sumergibles—, y brújulas e indicadores rotos, y voltímetros inservibles, y prismáticos...

En el centro del cuarto, justo donde termina la cama, está el escritorio. Es gigantesco, de casi dos metros de largo y de una anchura demencial, con numerosos cajones a derecha y a izquierda. En el cajón superior izquierdo el abuelo guarda bolígrafos viejos, plumas estilográficas, plumas de cañón, lápices de colores, tizas...: en fin, todo lo necesario para escribir. Conserva incluso un par de viejísimos manguitos, de una tela negra y brillante. También tinteros, diez por lo menos. Uno contiene una tinta tan roja como no he visto en mi vida. Parece sangre y huele de una forma muy particular.

Sobre el tablero de la mesa todo está desordenado y revuelto. Cuando se jubiló, el abuelo se trajo sus archivadores de la oficina. El abuelo fue contable jefe de Reichert, los fabricantes de prismáticos y cosas parecidas, como microscopios y objetivos para cámaras fotográficas. A veces me deja que mire por ellos, aunque la mayoría están rotos.

La cama del abuelo es de latón. Debajo hay un orinal que el abuelo no utiliza. A un lado, una enorme palangana de color marrón oscuro con una tapadera. En ella el abuelo ha metido huevos en salmuera para conservarlos durante un par de meses.

Las paredes están cubiertas de estanterías repletas de libros que llegan hasta el techo. Muchos de ellos tratan de Rusia, de Polonia y de Checoslovaquia. El abuelo nació en Budweis, una ciudad que antes perteneció a Austria y que hoy está en Checoslovaquia y se llama Budejovice.

A mí la mayoría de los libros me resultan muy interesantes. Lo que más me gusta es hojear los antiguos diccionarios. ¡Ay, no! Se dice dic-cio-na-rios. El abuelo posee veinte volúmenes de la Enciclopedia Universal de Meyer.

También me gustan los viejos libros de Medicina. Cuando llego a las láminas plegables que representan «El cuerpo humano», no me queda otro remedio que reírme. Ninguno de los hombres dibujados tiene cola. Bueno, quiero decir pene. ¿Tanto se avergonzaba la gente de aquella época? La verdad es que no entiendo por qué. El abuelo dice siempre que si el buen Dios hubiera querido que jamás apareciéramos desnudos nos habría hecho nacer con pantalones.

Le preparo al abuelo un café, descafeinado y con abundante leche. El abuelo tiene agua corriente en su habitación y un hornillo junto al escritorio. Para no tener que ir en derechura a la cocina a tomar café y verse obligado a aguantar las tonterías de la Nowotny. El abuelo tampoco la soporta.

El abuelo aparta el edredón y golpea la sábana con la palma de la mano. Yo me despojo a toda prisa de los zapatos y me meto con el abuelo bajo las mantas. Siento un calorillo muy agradable y cierro los ojos.

El abuelo está a punto de contarme algo. Las cosas siempre suceden de la misma manera: primero he de deslizarme entre las sábanas; luego, cuando ya estoy bien arropado, el abuelo comienza su historia.

—Erase una vez un niño que se llamaba Michael Nidetzky...

Todas las historias empiezan así.

—... Vivió hace cientos de años en la cálida España y era muy aventurero...

Me encuentro en la gloria y me acurruco muy cerca del abuelo. Sus cuentos son maravillosos y yo siempre soy el héroe. Hoy, Cristóbal Colón, el descubridor de América. Cuando piso por primera vez suelo americano, creo estar en la India.

Veo pasar la historia ante mis ojos, me veo a mí mismo, seguido por mis hombres que me obedecen ciegamente.

A veces la voz del abuelo suena distante. Siempre que le contemplo durante largo tiempo, su voz se va haciendo más baja.

Me gusta observarle mientras me cuenta historias. Tiene unos cabellos bonitos. Blancos, completamente blancos y bastante largos. Al abuelo no le gusta cortarse el pelo. Antes solía llevar barba, pero mamá le obligó a afeitarse.

—Siempre se te quedan los fideos colgando. ¡Es repugnante!

Yo no estoy de acuerdo con esa opinión. Es más: me moría de risa al ver los fideos balanceándose en la barba del abuelo. La historia se ha terminado. Al final la narración iba cada vez más lenta. Las gafas se le han caído al abuelo sobre la nariz. Yo me deslizo con cuidado fuera de la cama y arropo bien al abuelo.

Él murmura algo mientras le quito las gafas y las deposito en la mesilla de noche para evitar que caigan sobre la cama y el abuelo se tumbe encima de ellas mientras duerme. Porque entonces tendría que ver a través de unos cristales hechos añicos.

Todas estas operaciones las efectúo en silencio, para que no se despierte. Ni siquiera ha terminado su café, que ya se está quedando frío.

Cierro la puerta con cuidado y camino de puntillas hasta mi cuarto.

—¿Vienes de ver al abuelo? —me pregunta mi hermana.

¡Qué susto me ha dado! ¿Por qué será tan gruesa la moqueta de esta casa? Me pone nervioso.

—Sí—respondo.

E intento entrar a toda prisa a mi habitación para acabar mis deberes. Sin embargo, ya sé que no los terminaré.

—¡No puedes ir a ver al abuelo antes de acabar tus deberes! —dice mi hermana.

Y lo dice además en voz alta, tan alta que por fuerza ha de enterarse mamá.

—¡Chivata! —cuchicheo.

Ha gritado a propósito. De verdad, hay veces que me gustaría estamparla contra la pared.

Mamá sale de la cocina acompañada por la Nowotny.

—Michi ha estado con el abuelo —dice la muy estúpida.

Gerlinde anda siempre dándose pisto, sólo porque tiene dieciséis años. ¡Como si eso fuera algo especial!

Me importa un rábano todo. Entro en mi habitación y cierro de un portazo. ¡Que se enfaden! ¡Qué griten! La voz de la Nowotny me persigue incluso a través de los gruesos muros. Seguro que está otra vez despellejándose.

Mamá tiene miedo de que la Nowotny vaya contando mis «infamias» por el vecindario. De buena gana la habría despedido hace tiempo.

—Pero no es fácil encontrar una asistencia tan barata como ella —suele decir.

¡Bah! Que me despellejen, si quieren. Lo que a mí me gustaría es vivir solo con el abuelo. Bueno, quizá también con papá, aunque se pasa el día entero fuera de casa.

Papá, con un gesto alegre, tira su cartera a un rincón.

—¡Hola, señora Nowotny! —saluda dirigiéndole una sonrisa.

Ella se ruboriza. El abuelo afirma que la Nowotny está enamorada de papá.

—Esa vieja bruja —dice el abuelo— se cree que tiene a todos los hombres a sus pies...

Me alegra ver a papá de buen humor. Al menos hay uno en la familia. Aparte del abuelo, claro.

Algunas noches, papá me dedica una hora de su tiempo. «La hora de la confesión», la llama él. Bueno, pues en la «hora de la confesión» puedo contarle lo que me ha sucedido a lo largo del día, mis enfados en particular, y en general todo lo que me pasa por la cabeza.

Por fin ha cesado de llover. Papá y yo salimos al jardín.

—¿A que huele bien?

Papá olfatea el ambiente.

—Sí —respondo—, también a mí me lo parece.

Sin embargo no huelo nada, absolutamente nada.

¡Qué agradecidos son los mayores! Quiero decir en lo referente a la Naturaleza. Me explico. Este verano lo pasamos en la montaña. Al atardecer, papá y mamá fijaban sus ojos en el sol boquiabiertos, mudos de asombro. De milagro no se deshacían en lágrimas de pura emoción. Sin embargo, el sol se pone todos los días. ¿O no?

En fin, no es que huelo mal, pero bien, bien, tampoco...

Papá me pasa el brazo por los hombros.

—Bien. Ahora cuéntame. ¿Qué hay de nuevo?

A mí no se me ocurre nada.

—Empieza tú —contesto.

También papá tiene que hacer un esfuerzo para pensar primero lo que va a contarme.

Y me habla de un compañero de la oficina con el que se ha enfadado hoy. De un nuevo cliente que le convierte la vida en un infierno... De la comida de la cafetería, que es cada día peor...

Oyendo hablar a papá, se le quitan a uno las ganas de ser mayor y de trabajar. Los mayores se enfadan por todo.

—Por eso me alegra tanto volver a casa con vosotros —dice resplandeciente.

Está bien. Pero yo no encuentro en ello especiales motivos de alegría. Le cuento a papá la prohibición de ver la televisión, lo mal y estúpidamente que se ha portado mi hermana, lo hartado que estoy de la Nowotny, y, por último, mi visita al abuelo antes de haber terminado mis deberes.

—El abuelo está enfermo —me dice papá.

Y de repente, la alegría se ha borrado de su cara.

—¿Qué?

En seguida me doy cuenta de que he hecho una pregunta tonta. Enfermo quiere decir sólo una cosa: enfermo.

—Pues no se le nota —añado.

—No, todavía no —explica él—. El abuelo tiene cáncer.

Que el cáncer es una enfermedad grave, lo sé por la televisión.

—¿Y eso duele? —pregunto.

—No, todavía no —responde él con expresión seria, y recalcando la palabra «todavía».

Este es uno de esos días en que me gustaría abrazar a todo el mundo. Ya ha salido el sol y la casa continúa en silencio. No se oye el más mínimo ruido, exceptuando los que produce Ignacio, mi hámster, que recorre la rueda como un desesperado, como si estuviera echando una carrera contra sí mismo. Es curioso: de lunes a sábado a las siete de la mañana me tapo la cabeza con las mantas porque me muero de sueño. Y el maldito despertador suena como si cobrara por ello.

El domingo, sin embargo, me despierto solo. A las siete en punto, según indica mi despertador digital. Me lo regaló en Navidad la tonta de mi hermana. A veces hasta ella tiene buenas ideas.

Al principio no sé por qué estoy tan contento. Empiezo a silbar, muy bajito, claro, para no despertar a nadie. He quedado con Ferdi a las ocho y media para ir a ver el partido que juegan a las once los equipos de Purker y Hader. Como es lógico y natural, nosotros estamos a favor de los de Purkersdorf, que para eso es nuestra patria chica.

Queremos estar en el club a las nueve para preparar nuestras banderas y pancartas.

Me echo en la leche dos cucharadas soperas colmadas de cacao y añado otras dos de azúcar. Afortunadamente ahora mamá no puede verme, porque siempre me regaña por desperdiciar el azúcar. Dice que es muy cara y a mí siempre se me queda en el fondo del tazón.

¿Habrá acabado Gerlinde con el pan? Efectivamente: la panera está vacía. A veces mi hermana come a escondidas por la noche. No me queda otro remedio que dedicarme a las galletas. Mientras desayuno leo *Astérix y los normandos*. Me sé el libro casi de memoria, pero no me canso de leerlo. Obélix me encanta.

Papá y mamá duermen todavía. Los domingos no se levantan hasta cerca de las diez. Entro en su dormitorio sin hacer ruido. ¡Ah!, y sin llamar a la puerta. Los domingos me está permitido.

Mamá está tendida en la cama, acurrucada muy cerquita de papá.

Tengo una madre muy guapa. Sobre todo cuando duerme.

Me subo sobre las mantas y le doy un beso a mamá. Ella gruñe un poquito y se da la vuelta.

—Buedi...

Eso quiere decir ni más ni menos «buenos días». Ella vuelve a desplomarse como un fardo sobre el otro lado y yo me río con disimulo tapándome la boca con la mano. Gerlinde también duerme. ¡Hay que ver lo que duerme ésa! A veces se queda roncando hasta la hora de comer. En realidad, casi todos los domingos, porque los demás días tiene que ir al colegio, igual que yo.

Últimamente mi hermana ya no utiliza el colchón. Duerme directamente sobre el suelo. Ella afirma que eso es bueno para la columna, y que te da un hermoso porte y unos andares elegantes. Lo leyó en una de las revistas de la peluquería.

Pego la oreja a la puerta del abuelo. Se oyen ruidos, por lo tanto el abuelo debe de estar despierto.

—¡Pasa! —grita.

¡Y yo que procuraba no hacer ruido! No tengo ni idea de cómo ha podido oírme. Entro como un ciclón en su habitación, le doy al abuelo un beso en la nariz y vuelvo a salir a toda velocidad.

Ferdi ha llegado a la puerta del jardín y toca con el pulgar el timbre de la bicicleta como un poseso.

—¡Hola, viejo!

Ferdi es así de graciosa hablando; lo hace igual que los personajes de los tebeos de Micky Mouse.

A veces afirma que tiene una vejiga que le hace hablar así y sólo él es capaz de verla. Ferdi está un poco loco, pero a pesar de todo es mi amigo.

Me subo sobre la rueda trasera. Me da miedo montar en bicicleta con Ferdi porque conduce de una forma muy rara, en zigzag, sobre todo cuando yo voy sentado detrás. Cierro los ojos, pero no digo nada. No quiero que Ferdi piense que soy un cobarde.

Cuando llegamos, nos encontramos con los demás. Sólo falta el gordo Walter, que se ha ido con los boy-scouts a buscar tesoros. Por lo visto, le resulta mucho más apasionante que el partido.

Penetramos en el club. Nos lo construimos nosotros mismos en el campo de deportes situado junto al terreno del club después de que el alcalde nos diera permiso. La cabaña se ha torcido un tanto. Como no teníamos dinero, los tablonos nos los regaló el señor Winter, que acababa de demoler su vieja casa.

Al terminar los preparativos, el estómago me da retortijones. De hambre. Con grandes esfuerzos he conseguido remendar dos banderas rotas.

Nos dirigimos a un bar y pedimos *gulasch*. Hansi, un chico que en clase se sienta justo detrás de mí, no come más que una salchichita. Apenas hemos terminado de comer, se me ocurre que bien podría haberle prestado unos chelines, porque yo tengo más dinero de bolsillo que él. Quizá debería haberle invitado a *gulasch*. El abuelo dice siempre que hay que hacer todo el bien que podamos en la vida. Pero las cosas no son tan sencillas. A veces simplemente se me olvida.

Ferdi y yo estamos bastante desanimados cuando pedaleamos de vuelta a casa.

El partido ha sido una auténtica catástrofe. Nuestro equipo se ha dormido en los laureles y hemos perdido. Hemos agitado las banderas, les hemos animado con nuestros gritos, pero en vano. De nada ha servido que coreáramos: «Adelante, Purkersdorf, marca un gol», porque los nuestros han marcado no uno, sino dos goles, pero los contrarios... seis.

—El fútbol es estúpido —admite Ferdi.

Yo le miro perplejo porque le chifla el fútbol. Hasta el momento, en su vida no ha habido más que dos cosas importantes: la comida y el fútbol.

—No me ha compensado en absoluto quedarme —Ferdi meneaba la cabeza desalentada—. Hoy tenía que haber salido de excursión con mis padres y con tía Rosi. La tía Rosi ha venido expresamente de Graz para celebrar mi santo.

¡Menudo fastidio! Ferdi me da pena.

En cuanto hace algo prohibido, le zurren. El abuelo dice que quien pega a alguien más débil es un cerdo. Así que el padre de Ferdi lo es.

—¿Vamos al fresal?

—O.K. Pero sólo una hora. No quiero estar fuera de casa más tiempo.

Nos ponemos ciegos de fresas. El sol ya está bajo y yo comienzo a tener frío. Necesito confesarle algo a Fredi. Desde hace dos días esa sensación va tomando cada vez más fuerza.

—El abuelo tiene cáncer.

—¿Quién? ¿El tuyo?

—Sí, el mío.

—¡Qué porquería!

Ferdi escupe al suelo una fresa podrida y la estruja con el pie.

—¿Es una enfermedad grave, verdad?

—Yo lo creo.

—¡Cáncer...! ¡Qué nombre tan raro...! Es como si uno llevara un cangrejo dentro, en la barriga...

Me veo obligado a reírme.

—¿De esos que siempre andan hacia atrás?

Mi risa se convierte casi en carcajada al intentar imaginarme cómo el cangrejo, caminando al revés, sube hacia arriba por el esófago, produciendo un hormigueo en el cuerpo, y sale por entre los dientes. Hasta desaparecer sin saber dónde ha ido a parar.

—Cui, cui... —susurra Ferdi y empieza a hacerme cosquillas—. Soy el cangrejo... Soy el cangrejo...

Me pellizca. Yo me río tanto que se me saltan las lágrimas.

—¡Para! —grito—. ¡Por favor! ¡Por favor!

Jadeante, intento recuperar el aliento.

Nos hemos tumbado en el suelo del bosque, sujetándonos la tripa por la risa y por el dolor que nos ha producido el atracón de fresas.

—¿Se va a morir tu abuelo?

De repente se me hace un nudo en la garganta. ¿Morir? ¿Quién habla de morir? Yo no había pensado en eso ni por asomo...

Recuerdo dos frases favoritas de la Nowotny: «Todos hemos de morir algún día». «Nada es gratis, salvo la muerte.»

Quiero irme a casa. Nos deslizamos cuesta abajo. Ferdi hace cabriolas con su bici.

—Adiós.

Y se marcha.

Yo, atónito y confuso, le sigo con la mirada hasta que desaparece.

—Adiós...

Me duelen los pies, y además se me ha metido una piedra en el zapato derecho. Camino lentamente, cojeando, hacia la casa. Casi ha anochecido.

Abro con sigilo la puerta del jardín. No me apetece un pimiento entrar dentro. Pero mamá me ha visto y grita:

—¡Ven!

—Prefiero quedarme un rato en el jardín —respondo yo también a gritos.

Me dirijo a mi sitio predilecto: el banco situado entre los abedules.

No sé lo que me pasa que no puedo estar quieto un momento. Me levanto y camino despacio alrededor de la casa. Me pongo de puntillas y miro al interior de la habitación del abuelo. Él está sentado ante el escritorio y escribe. Mejor dicho, ha estado escribiendo. Su cabeza cuelga un poco ladeada. Creo que se ha quedado dormido en su silla.

Vuelvo a sentir un nudo en la garganta y aparto la lista con rapidez. Estoy a punto de echarme a llorar. Pero de momento logro controlarme.

¡Qué suplicio! Hoy hay para cenar albóndigas en salsa. Mamá sabe perfectamente que aborrezco ese plato. Sin embargo, ella no se cansa de repetir ese menú. Claro, como a papá le encantan las albóndigas...

—Si te lo comes todo, podrás hartarte luego de sémola de trigo con azúcar y canela.

Me siento como si fuera un bebé. No es por el postre de sémola. ¡Qué va! Me gusta con locura. Es por esa serie de aspavientos estúpidos: primero comérselo todo; luego, el premio... Esa forma de actuar me pone furioso.

Picoteo de mala gana la espantosa salsa en la que nadan los trocitos de carne. El abuelo me da un golpe con el codo y me guiña el ojo.

—¡Santo cielo! ¡Qué enorme agujero ha salido en el techo! exclama horrorizado.

Y rápido como el rayo coge mi plato y vacía su contenido en la fuente situada en medio de la mesa.

Tengo que hacer grandes esfuerzos para no soltar una carcajada y me pongo más alegre que unas pascuas.

—¡El abuelo ha vaciado en la fuente el plato de Michi!

Se ha chivado Gerlinde. ¡Qué gansa!

—¡Igualita que mamá —apunta el abuelo con acritud.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, mordaz, mamá.

De sobra sabe ella lo que quiere decir el abuelo.

Le doy a mi hermana una patada en la espinilla.

—¡Idiota! —murmura, y luego añade en voz alta—: —¿Te parece gracioso, querido Michael, darme patadas en la espinilla?

Entonces comprendo cuánta razón tiene el abuelo. Gerlinde habla justo como mamá.

Papá golpea su vaso con la cuchara.

—Querida familia...

Carraspea ligeramente. Todos nos reímos y él nos mira radiante.

Cuando papá actúa con tanta ceremonia, es que algo fuera de lo corriente se avecina. Siento curiosidad por saber de qué se trata esta vez. El último discurso ceremonioso se refirió al coche nuevo que pretendía comprar, asunto éste sobre el que debía decidir la familia en pleno. ¿He dicho «decidir»? Desde luego es para morirse de risa, porque yo no entiendo una palabra de automóviles, Gerlinde, menos aún, el abuelo es demasiado viejo y mamá ni siquiera se ha sacado el carnet de conducir.

—Querida Erika, querida Gerlinde, querido abuelo, querido Michael...

Creo que debería acabar de una vez con la bromita. El abuelo se golpea la frente con el índice en gesto muy expresivo.

—¡Pero papá! —exclama mamá escandalizada.

Papá, sin embargo, no se deja intimidar.

—¡Desde hoy la familia Nidetzky es dueña de una casa!

Papá mira regocijado a su alrededor: mamá aplaude dos veces; Gerlinde, el abuelo y yo nos quedamos boquiabiertos. ¿Acaso no tenemos ya una casa?

—Sí, sí, una segunda —aclara papá impaciente—. Agarra a mamá de la mano y la arranca de la silla—. Una casa en sí..., en el sa..., en el sur... —canta.

«Se está comportando como un niño pequeño», pienso yo.

En efecto: recorre la habitación dando brinco con mamá como un canguro enloquecido. Esa manía de los mayores de hacer el tonto me resulta insoportable.

Por fin sale a relucir lo que papá quería decir en realidad: ha comprado una casa en Gran Canaria.

Todos los demás se alegran. Yo, sin embargo, no lo veo tan claro.

Por fuerza he de pensar en Karli Huber, un chico de mi clase. Los Huber compraron una casa en la zona de bosques. Antes, en vacaciones marchaban siempre a lugares diferentes. Pero desde que adquirieron la casa, Karli se ve obligado a pasarse la Semana Santa, el verano y las Navidades en la zona de bosques.

Únicamente me alegro cuando papá revela su segunda sorpresa: dentro de una semana iremos en avión a Gran Canaria para inspeccionar la nueva casa, ¡en pleno curso!

—El abuelo y la señora Nowotny cuidarán de que aquí marche todo como es debido —dice mamá.

—¿Cómo? ¿Es que el abuelo no quiere venir? —pregunto perplejo.

—Nadie me lo ha preguntado todavía —responde él mientras saborea la compota de manzana.

—Bueno, yo pensé... lógicamente para ti es un poco... —farfulla vacilante mamá.

Pero papá sale pronto en su ayuda.

—Aquel clima, caluroso y húmedo, no resulta nada beneficioso para una persona de edad...

—¡Si el abuelo no viene, yo tampoco!

Apenas he pronunciado estas palabras, me arrepiento. Me habría gustado morderme la lengua. ¿No pensarán en serio dejarme en casa? El abuelo permanece en silencio, mirándome fijamente.

—¡Bobo...! —dice al fin.

Me mandan a la cama. Como siempre que tratan sobre algo que yo no debo oír. Para mí, al menos, la decisión se ha aplazado hasta mañana.

Me parece una verdadera canallada que me atormenten así, que me tengan en vilo tanto tiempo. Yo deseo a toda costa que el abuelo venga con nosotros. Como sea y al precio que sea.

Nada me gustaría más ahora que tener un hada buena, una de esas que te regalan un deseo.

Quizá debería intentarlo con oraciones. ¡Qué extraño! Hacía tiempo que no se me ocurría una idea semejante. Los domingos, durante la misa para los niños, nunca rezo. Y Ferdi tampoco. Los dos nos limitamos a abrir y cerrar la boca, como los peces en un acuario.

Me arrodillo ante la cama y cruzo las manos. Me he olvidado por completo de lo que se reza en ocasiones como ésta. A pesar de que me devano los sesos, no se me ocurre nada apropiado, salvo el «Padrenuestro» y «Con Dios me acuesto / con Dios me levanto, / con la Virgen María / y el Espíritu Santo».

No obstante, creo que no pegan demasiado.

—¡Haz que el abuelo venga con nosotros y se cure! —digo muy deprisa.

Me meto en la cama. El corazón me late muy fuerte, aunque no sé por qué.

A lo mejor mis rezos han servido para algo: el abuelo viene con nosotros. ¡Menudo peso se me ha quitado de encima! Gerlinde habría sido mi único entretenimiento durante toda la semana...

Papá me pone furioso. Es demasiado cobarde para decir al Mühlhuber —nuestro profesor— que nos vamos en avión a Gran Canaria. Faltaré a clase, pura y simplemente. Papá le pide a la Nowotny que durante esa semana telefonee al colegio y diga que estoy enfermo y Gerlinde en cama con anginas.

Cuando regresemos, papá escribirá una nota de disculpa como ésta: «Mi hijo Michael ha padecido una fuerte gripe que le ha impedido asistir a clase».

Eso significa que no puedo contarle a Ferdi nada de la nueva casa o del viaje en avión. Yo no he ido todavía en avión. Ferdi tampoco, y eso que siente verdadera pasión por los aviones.

—Me parece que hoy te has levantado con el pie izquierdo —dice Ferdi con una risita sarcástica.

—¡Bah! ¡Vete a la mierda!

En ocasiones me gusta decir auténticos insultos, aunque luego me remuerda la conciencia.

Ferdi no responde, pero yo sé que se ha ofendido. Le agradezco que no empiece a reñir porque le he insultado. En el colegio hay chicos que me soltarían una bofetada sin más por decirles «Vete a la mierda».

—No te enfad...

Intento explicarle a mi amigo por qué me he portado tan mal con él. Pero Ferdi se niega a escucharme. Al fin, en la pausa siguiente, consigo contárselo todo.

¿Para qué sirve un amigo íntimo sino para contarle tus secretos? ¡Yo sé que puedo confiar en Ferdi! Espero que no me traicione.

—¡Fantástico! —grita Ferdi entusiasmado—. ¿Y en qué tipo de aparato?

—Ni idea.

Le prometo una fotografía del avión. Y paquetitos de sal, cubiertos de plástico, servilletas y leche en polvo de los que dan en los aviones. Ferdi tiene montones de cosas de esas y se siente muy orgulloso de su colección. A mí también me gustaría coleccionar algo. Pero, claro, algo muy original. Oí una vez que un hombre rico coleccionaba islas, auténticas islas situadas en medio del mar. ¡Maravilloso...!

El abuelo está excitado. Cree que no me he dado cuenta, pero se equivoca. Recorre su habitación como un león enjaulado, y eso no es normal en él.

—Mira en el cuarto estante, Michi. Sí, ahí arriba, a la derecha... Por alguna parte tiene que estar el léxico de español.

El abuelo lo llama «léxico» en lugar de «diccionario». A pesar de todo sé perfectamente a qué se refiere. Con frecuencia, el abuelo utiliza palabras que no emplea ninguna de las personas que conozco.

Al color rojo lo llama «bermellón»; a los que hablan por los codos, «charlatanes»; a los torpes, «cerrojos»; al pañuelo de sonarse las nances, «moquero», y a la calle, «rúa». Son todas ellas palabras antiguas, algunas procedentes de otras lenguas.

El abuelo, tras subirse a una silla, saca del armario la vieja maleta marrón, tan cubierta de polvo que cuando se está cerca de ella hay que contener la respiración para no llenar el cuarto de porquería. Yo recojo la maleta de manos del abuelo y ¡zas!, me resbalo. Estas cosas sólo me pasan a mí. El polvo ha invadido la habitación y me hace estornudar.

—Debes permitir que mamá te haga la limpieza —le digo muy serio.

No sólo por la maleta polvorienta. El cuadro que pende sobre la cabecera de la cama del abuelo, titulado «Schubert al piano», también aparece cubierto por una gruesa capa de polvo.

—Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver —responde el abuelo—. Claro que para eso tampoco tendrá que esperar mucho tu madre.

Me he quedado atónito. Lo que ha dicho no tiene ninguna gracia, pero me callo porque no se me ocurre nada.

¿Tendrá razón el abuelo? Yo, desde luego, no lo creo. Mamá, aunque a veces el que se muera... ¡Bah! No me apetece ni pizca seguir dándole vueltas a este asunto.

¡Hay que ver la de cosas que está metiendo en la maleta el abuelo!

—¡Pero si en Gran Canaria no vas a necesitar calzoncillos largos...!

—Nunca se sabe... A lo mejor viene una borrasca atlántica —replica él frunciendo el ceño.

Creo que habla en serio.

También introduce en la maleta, las camisas, el libro titulado *La mujer en los pueblos primitivos*, por más que debe de sabérselo ya de memoria.

—¡Viajar en avión, yo, a mis años...!

El abuelo menea la cabeza lleno de asombro y se ríe para sus adentros.

Me gusta ver alegre al abuelo, porque en esos momentos salen alrededor de sus ojos un montón de arrugas diminutas, y me parece precioso.

Le doy al abuelo un beso muy apretado en la nariz.

Me gusta ir al aeropuerto. Hasta ahora lo he visitado tres veces, siempre con ocasión de la llegada de alguna tía. A papá le encanta enseñar el aeropuerto a los parientes, y está tan orgulloso de él como si lo hubiera construido con sus propias manos.

Pesamos nuestras maletas en la báscula, y a continuación desaparecen en la cinta transportadora.

—Nunca volveremos a verlas —murmura mi hermana.

Ella tiene ya experiencia. Únicamente ha viajado en avión otra vez, a Inglaterra, para visitar a una amiga. Entonces su equipaje fue a parar a Rusia.

Nos dirigimos al restaurante. Me dejan pedir lo que me apetezca. Pero de repente el hambre desaparece. Es más: me encuentro incluso mal, aunque no demasiado. Casi creo que tengo miedo.

No obstante, me da más miedo todavía que alguien se dé cuenta de que tengo miedo, lo cual no hace más que empeorar la situación.

El abuelo me coge de la mano. De nuevo vuelve a ser el único que nota algo. También es la primera vez que viaja en avión. A pesar de todo, no demuestra nerviosismo alguno. Yo creo que lo ha desahogado en los últimos días, mientras hacía el equipaje.

Una vez en el avión me siento ante una ventanilla, y el abuelo a mi lado. Sigue aún siendo mi mano. Eso me molesta un poco, y espero que nadie lo observe. No quisiera que me tomaran por un bebé.

Mis padres se han sentado en la fila delantera, y Gerlinde en la misma que el abuelo y yo. Mi hermana ha sacado su espejito y se está emborronando los labios de un color rojo vivo. Luego lo extiende lentamente con un pañuelo de papel que también acaba volviéndose rojo.

—No entiendo por qué te pintas primero para quitártelo después...

—¡Idiota! —contesta mi hermana.

Sin embargo, me interesaba de veras saberlo. Esa labor de pintarse y despintarse los labios tiene que tener un significado.

Papá pide cinco botellitas de champán de marca «Benjamín». Tras el primer sorbo siento un calor espantoso y un extraño cosquilleo en el estómago.

El abuelo afirma que el champán es un excelente remedio contra el miedo. Y lo demuestra dando un buen trago. Y otro. Y uno más.

Cuando me despierto, al principio no sé dónde estoy. No llevo pijama, sino únicamente unos calzoncillos. Sigo muerto de sueño. En el cuarto hace un calor asfixiante. Pasados unos minutos, lo recuerdo todo.

Miro a mi alrededor. ¡De manera que ésta es la nueva casa! ¡La casa de veraneo en el sur!

No hay mucho que ver. La habitación está blanqueada, es baja de techos y carece de ángulos rectos. Sin embargo, a mí me parece bonita.

Junto a mi cama hay otra, en la que Gerlinde duerme como un tronco, roncando a más no poder.

Saco con todo cuidado un pie de la cama. El suelo de piedra está frío.

—Humm..., estoy como una cuba —digo en voz alta únicamente para oírme a mí mismo.

¡Ojalá me hubiera escuchado Ferdi! Ha sonado casi auténtica. Es una frase que hemos ensayado repetidas veces. La oímos en la televisión, a un gángster en una película policíaca. El tipo llevaba barba de dos días y un pijama a rayas; junto a su cama se apilaban las botellas de whisky.

No sé por qué nos gusta tanto esa frase. A mí no me parece bien eso de emborracharse. Además me disgustan las personas que se emborrachan.

El abuelo los llama enfermos.

He de ir a verle ahora mismo. ¿Se habrá levantado ya?

—¡No metas tanto ruido, chalado!

Gerlinde se incorpora, tiesa como un palo, y me clava una mirada iracunda.

—¡Vaca! —le digo.

A continuación me acerco a ella y le grito al oído:

—Muuuuu...

A primera hora de la mañana, mi hermana está medio inconsciente de puro sueño. Y eso me favorece en este caso, porque ella se desploma sobre la almohada y sigue durmiendo.

Descorro la cortina. La habitación carece de puerta.

Este cuarto debe de ser la cocina. En el centro hay una gigantesca mesa de madera redonda. Y un fogón de un modelo bastante antiguo, al que sin duda pertenecen las bombonas de butano situadas bajo la ventana. Mejor dicho, detrás de la ventana, porque delante se yergue una escalera. Mamá, subida a ella, está colgando una cortina de cuadros rojos.

—Buenos días, tesoro —saluda risueña.

Baja de la escalera y me da un beso.

Sí, he dormido bien. Sí, tengo hambre. No, mejor cacao.

¿Que no hay leche? En ese caso, té.

Papá sale por otra cortina tambaleándose, borracho de sueño.

—No andes por ahí desnudo. Piensa en Gerlinde. Ponte algo —le aconseja mamá.

Papá suspira, abre la maleta depositada sobre un banco de la cocina y saca unos calzoncillos.

—¿Y el abuelo? —pregunto.

—Ya está sentado delante de la casa.

Busco la puerta de la calle. Efectivamente: el abuelo está sentado a la sombra.

—¡Fiuuu...! —silbo.

En esta ocasión la visión de la naturaleza casi me deja fuera de combate. El mar está cerca, muy cerca, quizás a unos cien metros de distancia, y brilla resplandeciente, azul, muy azul, azulísimo. Azul marino, esa es la palabra precisa. Huele además de manera extraña, a mar y a sal justamente.

Está liso como un espejo. Si alguien tirase ahora una piedra, seguro que el mar se rompería en mil pedazos.

Me siento junto al abuelo y le pregunto:

—¿No te alegras de haber venido con nosotros?

El abuelo, por toda respuesta, se limita a estrecharme con fuerza entre sus brazos. Sí, me parece que se alegra tanto como yo. Echo a correr en dirección al agua. Me dispongo a mojarme los pies cuando oigo a mamá llamándonos para desayunar.

A pesar de todo, me meto en el agua hasta las rodillas. No, no está fría.

Al correr de vuelta a casa, la arena se me pega a los pies. Seguro que mamá se enfada.

¡Y de qué manera! La arena en la cocina le resulta insoportable. Yo me enfado también: *aquí* bien podría ser menos severa...

Después de desayunar manifiesto mis deseos de visitar el pueblo.

—Entonces, tráete de paso unas cervezas. Yo voy a tumbarme al sol —me sugiere papá.

¡Qué vil explotación! ¿Por qué no manda a Gerlinde? Siempre tengo que ser yo...

Gerlinde hace rato que está tendida al sol en la playa. Su piel brilla mientras ella se cuece lentamente.

Hoy es domingo y en el pueblo no se ve un alma. El calor aprieta. Me irrita que mamá me haya obligado a coger la camisa roja. Me la ato a la cintura.

Todas las casas parecen iguales. No existen calles; el suelo entre las casas es de arena y piedras. Me entran ganas de correr descalzo, así que dejo mis sandalias en una esquina.

Por fin, al otro lado del pueblo, encuentro algo con pinta de ser una cervecería. Del muro cuelga un cartel con una enorme botella de limonada dibujada.

Abro la pequeña puerta y entro. ¡Vaya! Si esto es una tienda, es de lo más extraña... En un rincón, sobre dos mesas, se apiñan alimentos variados sin orden ni concierto: harina, arroz, huevos, aceite de oliva, conservas, botellas de refrescos, vino, especias... En fin, todo lo imaginable menos cerveza. En dos estantes de la pared veo paquetes de cigarrillos y cajas de puros, y bajo la mesa, encima de papeles de periódico, tomates y pimientos verdes. Y plátanos, una auténtica pina de plátanos. En Alemania, cuando vas a comprar plátanos, siempre te dan pequeños racimos. Aquí no, aquí se ve el fruto entero.

Por una puerta de madera aparece una mujer gorda vestida de negro. Y de repente pienso que no tengo ni la más remota idea de cómo se dice «cerveza» en castellano.

La mujer y yo nos miramos fijamente. En ese momento entra rodando por la puerta una albondiguilla mantecosa, una niña pequeña increíblemente gorda que fija sus ojos en mí. Yo me he quedado inmóvil como un conejo hipnotizado. Al fin se me ocurre una idea: cojo de la mesa una botella de limonada y me la acerco a la boca. Hago ademán de beber y añado:

—No, no... —con la esperanza de que la mujer gorda entienda lo que quiero.

Al rato, después de haberme enseñado todas las botellas habidas y por haber (de vino tinto, de vino blanco, de aguardiente, de licores, de agua mineral...), su rostro se ilumina y saca del último rincón una caja de cervezas.

Asiento entusiasmado con rápidos movimientos de cabeza y deposito un billete sobre la mesa. Espero que me dé bien la vuelta. Con el dinero extranjero, en este caso pesetas, siempre me hago un lío.

—¡Adiós! —saluda la mujer gorda.

—¡Adiós! —respondo yo al marcharme.

Me alegra ver la luz del sol de nuevo. Al menos ya he aprendido una palabra de español.

La niña gruesa viene corriendo tras de mí y me tira del pantalón. Me mira con la boca abierta. Yo no sé qué hacer y sonrío un tanto confundido.

—Cristobalina —dice señalando su barriga.

Curioso nombre.

—Michael —me presento yo.

Ella, entusiasmada, cruza las manos sobre sus negros cabellos y ya no se aparta de mi lado hasta llegar a casa. Me lo temía. No conseguiré quitármela de encima en la vida.

Papá saca a relucir sus escasos conocimientos de español e intenta conversar con la albondiguilla mantecosa, pero se ve apesado en un torrente de palabras españolas y se encoge de hombros con aire desvalido.

Yo escurro el bulto con disimulo y me reúno con el abuelo, que sigue sentado a la sombra, medio amodorrado. Regreso a la playa. Papá despótica porque la cerveza es un caldo asqueroso. Así que ata las botellas a una cuerda, hace un enorme nudo y anuda el otro extremo a una pesada piedra.

Cristobalina ha desaparecido. El abuelo me llama. Juego con él una partida de ajedrez. El abuelo me ha enseñado las reglas. Él afirma que tengo cualidades. Antes, el abuelo era miembro de un club de ajedrez. Por eso es un entendido en dicho juego y descubre en seguida si uno tiene talento o no.

Atardece. La piel de Gerlinde ha tomado ya un color rojo oscuro. También la de mamá. Papá devora sin parar obras de Mickey Spillane. Me parece una solemne tontería leer siempre únicamente novelas policíacas.

El abuelo se ha dormido mientras jugábamos al ajedrez. En mi opinión, duerme demasiado. Mamá dice que los ancianos necesitan dormir mucho. Sin embargo, papá sostiene justo lo contrario: los ancianos no necesitan dormir tanto como los jóvenes.

—¿Duerme tanto el abuelo porque tiene cáncer?

Mamá me mira horrorizada. Primero a mí, luego a papá.

—Sí, se lo he contado a Michi —explica papá encogiéndose de hombros—. Total, se habría enterado más tarde o más temprano...

—Pero, ¿cómo eres capaz de contarle al niño así, sin más ni más...

Se calla de pronto y mira asustada al abuelo, por si se hubiera despertado.

Me ofende. ¿Qué se ha creído mamá? Ya no soy un niño pequeño incapaz de comprender las cosas... La enfermedad de mi abuelo es algo que también me incumbe a mí, vamos, digo yo...

—¿Se va a morir el abuelo? —pregunto.

—¡Michi! ¡No digas eso!

Mamá se enfurece de veras. No me ha gritado por miedo a despertar al abuelo.

—Pero, ¡por los clavos de Cristo!, ¿por qué no puede preguntarlo?

Conozco muy bien ese tono de voz de papá. Y no augura nada bueno.

—¡Tonterías! ¿A quién va a preguntar Michi esas cosas sino a sus padres?

—Yo tampoco entiendo ese deseo de no hablar de la muerte. ¡Con la alegría tan diabólica que te entra cuando los cadáveres se suceden en la televisión...!

Gerlinde tenía que ser. Mamá responderá en seguida que no sea tan descarada.

—¡No seas tan descarada!

¡Vaya! ¿Qué os había pronosticado?

Mi hermana aprieta una hoja de lechuga contra su nariz para que su delicada naricita no se quemara a causa del sol. Me saca la lengua. Pero, ¡bueno!, ¿por qué a mí? ¡Si yo no he hecho nada!

La verdad es que no acabo de entenderlo. ¿Por qué no hay que hablar de la muerte? He de preguntárselo al abuelo. El siempre tiene respuesta para todo.

—¡Chisst...! —sisea mamá—. ¿No es maravilloso cómo luce hoy el sol?

No necesito mirar para saber que el abuelo se ha despertado.

Más tarde llega Cristobalina, vestida con un bañador de color rojo vivo. Le pongo como mote «Bolita», y me parece que le pega perfectamente. No es que sea fea. Al contrario. Pero es que está tan gorda... Tiene una piel maravillosa, de un hermoso tono moreno. No tan oscuro como el de un negro, sino propio de alguien que se pasa mucho tiempo al sol. Mirko, un chico de mi clase, tiene el mismo aspecto. Procede de Yugoslavia, de un pueblo cercano a Dubrovnik.

Bolita nada muy bien. Quizá la favorece el estar tan gorda.

Me enseña un sitio donde existe una cueva submarina. Allí el agua es completamente transparente. Bolita bucea para coger una concha que luego regala a mi madre.

Mamá está a punto de saltar de alegría.

—Es una niña encantadora. A ver si aprendes de ella. Es tan educada... Bueno, quizá debería lavarse con más frecuencia —añade mirando las uñas negras de Bolita que, a pesar del baño, siguen tan negras como siempre.

Bolita me enseña una cabaña de pescador que pertenece a su padre. Este fue pescador en el pasado. En el pueblo no queda más que un pescador. El padre de Bolita, como la mayor parte de los hombres del pueblo, trabaja en una fábrica de pescado. Se dedica a meter peces en latas, o a algo parecido. No acabo de entenderlo bien porque no encuentro ciertas palabras en el diccionario del abuelo.

Acompaño un trecho a Bolita, que se dirige a su casa. No debía haberlo hecho, porque a mitad de camino nos sale al encuentro su madre que me arrastra con energía hasta su casa, me coloca ante un plato con una salsa rojiza y me obliga a comer. La salsa pica como un demonio. Tanto que se me saltan las lágrimas. Bolita me ofrece un trago de vino.

¡Si lo viera mamá! Seguro que no sabe que aquí hasta los niños beben alcohol. Claro que sólo en las comidas y mezclado con agua.

Regreso corriendo a casa antes de que se haga de noche. Mamá no se ha dado cuenta aún de que mis sandalias han desaparecido. No conseguí encontrar el lugar donde las dejé. ¡Hay aquí tantas esquinas...!

Me muero de sueño. Me duelen las plantas de los pies a causa de las puntiagudas piedrecitas. Cojeo. Y me gusta. Es una idiotez, pero a veces me divierte hacerlo, aunque no sé por qué.

Papá está de mal humor porque la marea ha arrastrado sus cervezas mar adentro. El abuelo se ha acostado.

Hago el propósito de ocuparme mañana más tiempo del abuelo. Seguro que está decepcionado porque he preferido jugar con Bolita a hablar con él. Al fin y al cabo fue él quien se durmió mientras jugábamos al ajedrez...

He de reconocer que me divirtió bucear con Bolita. A veces, uno duda si contentar a los demás o a sí mismo.

Sin embargo, ¿quién sabe? A lo mejor el abuelo sólo ha venido a Canarias por mí. Si yo no hubiera insistido tanto, seguro que se habría quedado en casa. Y en ese caso su único recurso consistiría en enfadarse con la Nowotny.

Estoy tumbado al lado del abuelo con los ojos cerrados. Me gusta sentir el calor abrasador del sol sobre mi piel, enrojeciéndola un poco.

Le he enseñado al abuelo la cabaña del pescador. También a él le parece este lugar maravilloso, y además frente al mar. Le he obligado a jurar que no hablará de la cabaña a nadie, ni a papá, ni a mamá, ni a Gerlinde. Quisiera que fuese un secreto entre los dos.

He sacado de la vieja choza una desvencijada silla de madera para el abuelo y se la he situado a la sombra. Así estará cómodo.

El abuelo dibuja con su bastón monigotes en la arena. Siempre lleva bastón, aunque no lo necesita, pero es fantástico porque dentro hay un paraguas.

Cuando al abuelo se le acerca por la calle una mujer, esconde el bastón a su espalda. Yo creo que no quiere que una mujer piense que sus piernas ya no son jóvenes.

—Observa esas piedrecitas, Michi. Sí, ésas del centro, esos grumos negros. ¿Sabes qué son?

—¿Alquitrán? —pregunto olfateándolas.

Deshago uno de los grumos entre el índice y el pulgar. Los dedos adquieren un tono marrón negruzco.

—De los barcos —confirma el abuelo—, de los petroleros.

Recuerdo una película de televisión que vimos el abuelo y yo juntos. Se titulaba «La peste del petróleo». Salían muchísimos pájaros con el plumaje completamente pegado, incapaces de volar, y por tanto de buscar comida. Así que se morían.

El abuelo confiesa que él también estaba pensando en la película.

—Nosotros, los hombres, somos unos animales extraños —dice con un suspiro.

A mí la frase me resulta graciosa y me fuerza a reírme.

—Oye, Michi, estoy hablando en serio, muy en serio. Mira, nosotros, los hombres, también somos mamíferos. Los más evolucionados, es cierto, pero no por eso hemos dejado de ser animales.

Me imagino a mí mismo sentado en una jaula en el parque zoológico. Monos y tigres pasean por el exterior con paquetitos de comida entre las patas y dicen:

—Este de aquí es un hombre muy joven perteneciente a la especie Nidetzky, llamado Michi...

Me muero de risa y soy incapaz de contenerme. Quiero contarle al abuelo lo que se me acaba de ocurrir, pero soy incapaz de pronunciar una palabra a derechas. Tartamudeo mientras suelto carcajada tras carcajada.

—¡Tonto! —me dice el abuelo.

En *su* boca, esa palabra siempre es un apelativo cariñoso. A veces la Nowotny me llama lo mismo, pero nunca suena tan amistoso. Ella quiere decir que soy tonto de verdad.

—Bueno, yo me refería únicamente a que somos los únicos animales que destruyen su entorno. ¿Que por qué? A veces pienso que los hombres hemos perdido el seso.

Suspiro en voz baja. ¡Ojalá termine pronto el abuelo! Porque en ocasiones se pasa horas y horas con esas divagaciones.

El abuelo se limpia el sudor de la frente con la mano.

—Ya es hora de que demos cordura, Michi. Y no sólo por nosotros, sino también por los que vendrán después. Por nuestros nietos y bisnietos. Yo ya no veré a los hombres recobrar el juicio. Pero no por eso pierdo la esperanza. —El abuelo sacude la cabeza—. Tus hijos y tus nietos, Michi, tendrán que pagar el pato por los males que nosotros estamos cometiendo ahora. También ellos tienen derecho a vivir en un mundo bello, ¿no te parece?

—Sí.

Cierto. El abuelo tiene toda la razón del mundo. No le he escuchado con atención, pero he oído claramente «tus hijos», y esa palabra se me ha quedado grabada en la cabeza. Mis hijos. Mis nietos.

No soy capaz de imaginármelo. En el futuro tendré un hijo con una mujer. Bueno, mejor dos. Creceré aún más. Hasta hacerme mayor de verdad, auténticamente adulto.

Y luego me haré viejo. El pelo se me volverá gris y me dolerán las piernas. O quizá los riñones. Ya no podré correr tan deprisa como ahora.

Y algún día me moriré.

¡Ahora caigo! Yo quería preguntarle al abuelo qué es eso de morir. Es curioso, pero ya no me atrevo.

Mamá ha dicho que de esas cosas no se habla. A lo mejor tiene razón. No sé.

El abuelo suspira.

—La vida debería durar mil veces más. Entonces uno podría realizar todo lo que se ha propuesto.

Sus ojos se dirigen al mar. Yo sigo su mirada. El agua brilla. Me gustaría estar ahora en el horizonte. Allí lejos, muy lejos, en aquel lugar por donde en estos momentos pasa un barco. A veces me da la impresión de ver cómo se curva la Tierra. ¿Se podrá de verdad ver eso?

El abuelo continúa hablando.

—La vida no siempre es bella, Michi. Durante la guerra, por ejemplo...

¡Cielos! Como empiece con ese tema, es capaz de estarse así hasta la noche.

—... Fue terrible. Vosotros no podéis ni siquiera imaginarlo. Perdí a mi hijo, tu tío Karl. Tú no lo conociste porque cayó apenas iniciada la guerra. También murió mi hija Erna.

Me sé casi de memoria lo que está contando el abuelo. Me lo ha repetido cien veces, pero nunca se acuerda.

—... Sin embargo Paul, tu padre, ha logrado salir adelante. Es una excelente persona. Tú también lo serás, Michi. Estoy convencido. ¡Tú eres mi alegría!

El abuelo me mira con tanto cariño que me desconcierta. Sus alabanzas siempre me resultan penosas. Quizá porque no me encuentro a mí mismo tan excelente como él afirma de mí. O yo de él.

Se quita los zapatos. Siempre utiliza el mismo par. Negros, muy puntiagudos, de largos cordones. Contemplo los pies del abuelo: ofrecen un aspecto muy curioso, completamente diferente al de los míos. Tiene pelitos blancos en los dedos; sus pies son pálidos, casi tan blancos como la nieve, con manchas marrones encima parecidas a grandes pecas, y los dedos muy curvados, como garfios. Sobre sus tobillos se observan gruesas venas que despiden un brillo azulado a través de la piel.

Los míos son totalmente distintos: morenos, pequeños —calzo ahora el número 34— y sin la más mínima arruga.

El abuelo me coge el pie izquierdo y me hace cosquillas.

—Aún tienes que crecer —murmura.

Coloco el pie justo al lado del suyo. ¡Qué locura! Uno, pequeño y moreno; grande y blanco, el otro. Uno, el izquierdo, y el otro el derecho. El abuelo y yo nos miramos y soltamos una carcajada.

—Soy viejo, Michi. A veces, sólo a veces, me gustaría volver a ser joven. La vejez también puede ser hermosa, muy hermosa. Ya lo comprenderás.

Ayudo al abuelo a levantarse. El me pasa el brazo por los hombros.

En esta ocasión es diferente. Ahora no me acurruco en su brazo. Ahora soy yo el que sostiene al abuelo. De repente me siento henchido de orgullo, aunque no sé bien por qué. Quizá porque el abuelo debe saber que en mí puede confiar.

Llego a casa muerto de cansancio. Bolita y yo nos hemos pasado el día entero de excursión. Hemos ido a las montañas. Bolita me ha enseñado un lago situado en medio de un bosque de abetos. Es para volverse loco: abajo, arena, calor y mar, y arriba, en las montañas, enormes bosques de abetos y un lago de agua dulce fría como el hielo.

A mamá le da igual que esté cayéndome de fatiga. Está irritada porque al parecer he llegado muy tarde y los demás han tenido que esperarme para cenar.

—Yo no llevaba reloj...

Pero mamá no presta atención a mis excusas y pone el grito en el cielo. ¡Ni que hubiera ocurrido una desgracia irreparable...!

No sé por qué es tan nerviosa. A veces resulta ridícula, cómica. A pesar de todo, la quiero.

El abuelo lee en la cocina un periódico de hace cuatro días. Papá, que lo compró ayer en Maspalomas, dice que allí hay un montón de hoteles y manadas de turistas alemanes.

Me siento pegadito al abuelo y leo con él. Eso le disgusta. Sostiene el periódico tan cerca de mis ojos que las letras se me desvanecen.

—De todas maneras no trae nada interesante —me consuelo.

Aparece mamá con la comida: pimientos rellenos con salsa de tomate. Mi segunda comida favorita. Gerlinde está escribiendo una carta.

—¿Por qué tienes que hacerlo precisamente en la mesa de la cocina? —pregunta mamá—. ¿Por qué precisamente a la hora de cenar?

Mi hermana levanta los ojos hacia el cielo y suspira:

—Señorseñorseñor...

—Dale muchos recuerdos a tu amorcito Gerd...

Yo no le trago. Le encuentro estúpido hasta extremos inconcebibles. Además tiene la cara llena de pecas y lleva gafas. Sí, ya sé que lo de las gafas no es culpa suya. A pesar de todo, no le trago porque me trata siempre como a un niño pequeño.

—¡Idiota! —me insulta Gerlinde, tan original como siempre—. Gerd no es mi amorcito.

Mi hermana enrojece cuando se excita. Por si fuera poco, está quemada por el sol.

—¿No? —el abuelo abre unos ojos como platos, asombrado—. ¿Entonces por qué le besuqueas delante de la puerta del jardín?

—¡Eso es mentira!

Mi hermana se ha convertido ya en un semáforo en rojo.

—¡No seas tan insolente...!

Ha molestado a papá, seguro que en el preciso momento en que seguía la pista del asesino. Aclararé que a papá le encanta leer mientras come. Mamá no se lo permite. Ni siquiera ahora, en vacaciones. Así que le arrebató el libro sin más.

A mitad de la cena, el abuelo me coge del brazo repentinamente y se me agarra con fuerza.

—¡Abuelo!

Creo que he gritado demasiado. Me he asustado mucho: el abuelo ha palidecido, se ha quedado blanco como la tiza y se ha aferrado a mí con tanta energía que me ha hecho daño.

—¡Papá! ¿Qué pasa?

Papá se levanta precipitadamente de su silla y sostiene al abuelo cuando está a punto de desplomarse al suelo.

El abuelo se sujeta con ambas manos el estómago. Papá y mamá lo conducen a su cuarto, a la cama.

—Ya has vuelto a dejar de tomar las pastillas —oigo decir a mamá.

Ya no soy capaz de probar bocado, a pesar de que mamá nos ordena a gritos que sigamos comiendo.

—¿Qué le pasa al abuelo? —pregunto a papá.

—Ya te lo dije el otro día, Michi: está enfermo.

Me parece notar a papá nervioso.

—Ha sufrido un ataque. De ahora en adelante le ocurrirá con más frecuencia.

—Fuisteis vosotros los que os empeñasteis en que viniera —se queja mamá mientras se sienta de nuevo a la mesa—. ¡Arrastrar a un viaje tan largo a un hombre anciano y enfermo...! ¡Con este clima! ¡Es imperdonable! —La voz de mamá sube poco a poco de tono—. ¿Qué pasará si se muere aquí? ¡Eso nos provocará un sinfín de molestias...!

Gerlinde la mira fijamente.

—¡Qué brutal eres, mamá! —exclama.

—Sí, claro, porque digo las verdades del barquero...

Mamá retira la mesa atropelladamente.

Yo soy incapaz de pronunciar palabra. Estoy enfurecido, cabreado hasta el infinito. Sobre todo con mamá.

—¿Sería una gran desgracia para ti que yo me muriese aquí, verdad, Erika?

El abuelo se ha plantado de pronto en medio del cuarto. A mamá casi se le caen los platos de las manos.

—Únicamente he dicho que el clima no te favorece...

—¿De verdad lo crees así? En fin, dejémoslo. Sé de sobra que te resulto molesto. ¡Te alegraría verme bajo tierra!

No reconozco al abuelo. Jamás lo había visto así. Está furioso, muy enfadado, pero al mismo tiempo su rostro permite adivinar que se siente desgraciado, infeliz.

—Para ti, un viejo no es más que una carga, ¿no es eso? ¿Debería irme quizás a un asilo? Para vosotros, los jóvenes, sería mucho más cómodo, desde luego. Afortunadamente aún queda gente que no piensa así. ¡Tu marido, por ejemplo! ¡Y tus hijos! A ellos no les estorbo. ¿No es cierto, Michi? ¡Contesta!

—¡Abuelo!

Las lágrimas asoman a mis ojos, me nacen de repente, sin poder evitarlo. Lo único que deseo es que el abuelo no se excite tanto.

Mamá se ha quedado pálida como un cadáver. Se sienta apoyando la cabeza entre sus manos.

—¡Marchaos los dos a dormir! —ordena.

Gerlinde me coge de la mano y nos dirigimos a nuestra habitación.

Ella se sienta en el borde de mi cama y empieza a llorar. Yo no puedo resistirlo. Nunca la había visto llorar. Miento, la había visto muchas veces, siempre que se enfurece, pero nunca *así*.

A mí también se me saltan las lágrimas.

Me arrodillo junto a Gerlinde y le acaricio el brazo. Su llanto sube de tono. Menos mal que no nos ve nadie.

—¡Buenas noches, Michi!

Mi hermana me da un beso y se mete en la cama.

A veces me alegra infinito tener una hermana como Gerlinde.

He tenido una pesadilla. Un elefante rosa bailaba encima de mi pecho, impidiéndome respirar. Yo quería acercarme a la ventana.

Y al intentarlo, me he caído de la cama.

Son casi las seis de la madrugada. Me siento como un limón exprimido.

Voy a aprovechar para echar un vistazo al abuelo. Mi hermana duerme como un lirón.

La cama del abuelo está vacía. ¡Qué raro! Él nunca se levanta tan temprano. Además, la cama parece recién hecha.

Salgo de casa. Quizá se haya ido a dar un paseo. O esté sentado en el banco.

Pues no. Silbo las seis primeras notas de «El pequeño Juanito», nuestra contraseña secreta. Silencio. Tengo miedo. Un miedo atroz, de veras. Veo surgir ante mis ojos el rostro del abuelo, con el aspecto de ayer por la noche, cuando estaba enfadado y triste.

Mis padres también duermen. Sacudo a papá.

—El abuelo ha desaparecido —baluceo.

—¡Tonterías...! —murmura papá medio dormido—. Seguro que está en el cuarto de baño. Ve a mirar.

Pero no: tampoco está en el cuarto de baño.

Papá se viste con una rapidez vertiginosa. Yo me doy cuenta de que también él tiene miedo.

Lo que más me gustaría ahora sería volver a meterme entre las sábanas. Querría que no fuera cierto que el abuelo ha desaparecido.

Lo buscamos durante toda la mañana. En el pueblo. En el puerto. Por las calles. En el pueblo más cercano. Pero nadie lo ha visto. Mamá llora como una Magdalena y no hace más que sonarse la nariz, gastando toneladas de pañuelos de papel. Confiesa que teme que el abuelo atente contra su vida. Que se meta en el mar hasta que no haga pie.

Y es que el abuelo no sabe nadar.

—Yo tengo la culpa de todo —solloza mamá.

Papá pretende ir a la comisaría de policía.

Ya son las dos. Tengo un hambre de lobo. No hemos tomado nada en toda la mañana. Ni siquiera un miserable café.

Gerlinde permanece en casa leyendo.

—Soy incapaz de colaborar en la búsqueda. Me pondría histérica —afirma como justificación.

La madre de Bolita ha empezado a rezar por el abuelo. A mí, el corazón me late mucho más fuerte que de costumbre. Y mucho más deprisa. ¿Qué pasará si no encontramos al abuelo? Se me ocurren las ideas más disparatadas. ¿Lo habrá raptado alguien?

Camino despacio por la playa. ¿Por qué creará mamá que el abuelo quiere atentar contra su vida? Me resulta incomprensible que una persona sea capaz de suicidarse. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Cómo? Debe de doler una barbaridad. Una vez leí en un periódico que alguien se cortó las venas.

Yo, desde luego, soy un quejica. Grito incluso cuando mi madre me quita un esparadrapo.

Pienso que hay que estar triste, muy triste, para no desear vivir. Yo jamás llegaría a ese punto de tristeza. Pero ¿y el abuelo?

Sacudo la cabeza.

—No —me digo a mí mismo en voz alta—, tampoco el abuelo podría llegar a estar tan triste, tan triste. El siempre está alegre, aunque sienta una pizca de tristeza.

Echo a correr. En este momento me gustaría tener alas, volar, correr tan aprisa como una flecha. Siento partirse el aire a mi paso. El viento silba en mis oídos.

Me detengo jadeante frente a la cabaña del pescador, me dejo caer sobre la arena. Luego, escupo. Me he olvidado de cerrar la boca y la arena se me ha colado entre los dientes.

— Entra, Michi.

¡Es el abuelo! ¡Está en la choza! No sé si reír o llorar.

¡Idiota de mí! ¿Cómo no lo habré pensado antes? Lo hemos buscado por todas partes. Menos en una: en la choza.

Veo al fin al abuelo: está haciendo un crucigrama. Me arrojo a su cuello y casi lo estrangulo con mi abrazo. Con voz atropellada le comunico que mis padres le buscan como locos, que papá pretende acudir a la policía, que Gerlinde, de puro nerviosismo, no puede hacer otra cosa que leer, que mamá está histérica porque cree que él se ha suicidado por culpa suya.

—Yo sólo quería estar tranquilo —me explica el abuelo—. Nada más. Déjalos que sigan preocupándose por mí durante un ratito.

Sus palabras me enfadan porque me parece que juega sucio. Mis padres temen por su vida.

Sin embargo, él no desea regresar a casa.

—Ve y díselo tú. Yo me quedo aquí. Y no pienso moverme más.

Se inclina de nuevo sobre su crucigrama y anota con pulcritud una letra tras otra.

—¿Qué quieres decir con eso? No entiendo.

—Que voy a quedarme aquí para siempre —me explica él.

Me deja perplejo, sin saber qué responder.

—Le diré a papá que todo va bien.

Vuelvo a casa corriendo. A la primera que encuentro es a Gerlinde, que tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar. Entre los dos buscamos a papá y a mamá.

Mamá se pone furiosa.

—Lo que ha hecho el abuelo no tiene perdón. Es una *vileza*. ¡Qué desconsideración! ¡Qué descaró! Después de todo lo que hemos hecho por él, nos paga así, metiéndonos el miedo en el cuerpo...

No me queda otro remedio que acompañar a mis padres al sitio en el que se encuentra el abuelo. Adiós al secreto de la choza. De todas maneras ya importa poco. Total, pasado mañana regresamos a casa...

—¡Papaíto! —grita mamá mientras se arroja sobre el abuelo—. No deberías habernos hecho esto...

El abuelo permanece callado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Menudo susto nos ha dado! —dice riendo papá.

El abuelo sigue sin abrir la boca.

—¡Di algo, por favor! —le apremia mamá.

—Sólo quiero tranquilidad...

Y vuelve a su crucigrama.

—Esta noche haré una cena especial, lo que tú quieras —promete mamá intentando engatusarle.

—Yo me quedo a dormir aquí.

—Se ha vuelto loco, loco de remate —exclama mamá.

—Vale. Estoy loco. Ya no tendrás que trabajar para mí —responde el abuelo—. Deberías alegrarte.

A mamá, sin embargo, el asunto no parece alegrarle en absoluto y empieza a renegar como un cochero.

—Sí, me quedo aquí. No pienso volver a casa con vosotros. Ordenaré que me envíen mi pensión aquí. ¿Qué más podría desear un viejo jubilado como yo que sol y una pequeña cabaña? Además, seguro que la madre de Cristobalina me dará bien de comer por unas pocas pesetas diarias...

—Se ha vuelto loco, loco de remate —repite mamá, llevándose las manos a la cabeza.

—¡No me digas! Si hay alguien loco, no soy yo, desde luego. Y ahora me gustaría terminar de una vez y en paz mi crucigrama. ¿Cómo se llama la tercera sinfonía en mi bemol de Beethoven?

—Heroica —responde papá—. Sé razonable, padre. ¡Por favor!

—No —el abuelo ni siquiera levanta la mirada—. Que Michi me traiga la maleta.

—Sí, abuelo.

—De eso ni hablar. No voy a permitir que el niño vaya por ahí cargado como una mula por culpa de un viejo chiflado y testarudo —dice irritada mamá—. Ven, Michi. Nos vamos.

Mamá me arrastra fuera de la choza y cierra la puerta con tal violencia que tiemblan las paredes.

Estoy hecho un lío. Mamá me ha prohibido llevarle su maleta al abuelo. Pero por otra parte yo me he comprometido a hacerlo. No sé qué decidir.

En realidad, este asunto me resulta de lo más apasionante. El abuelo es un auténtico aventurero. Demuestra una gran valentía al desear quedarse aquí.

Sin embargo, él y yo sabemos que regresará a casa con nosotros. Simplemente porque yo lo quiero. Él no me abandonará.

Cuando dejo la maleta en el suelo, el abuelo ha pasado al siguiente crucigrama. No ha sido nada fácil la tarea de transportarla. Me falta el aliento.

—¿No pensarás en serio quedarte aquí, eh? —le pregunto mientras me arrodillo en el banco a su lado.

—¿Y por qué no? Este paraje es maravilloso. Un verdadero paraíso. A mí apenas me quedan unos pocos meses de tiempo, y deseo pasarlos en paz. Es lo único que pido.

—¿Cómo que te quedan unos pocos meses? No te entiendo. ¿Y después qué?

—¡Me crecerán dos alas y me convertiré en un ángel! —contesta el abuelo entre risas—. Convéncete, Michi, no viviré más que unos meses...

—No puedes saberlo. Nadie puede saberlo...

—Lo presiento. También tu abuela adivinó que sólo le quedaban unas semanas de vida. Tenía entonces cincuenta y nueve años...

No me creo una palabra. ¿Cómo puede uno presentir su propia muerte?

—A veces hay cosas que nos resultan incomprensibles —explica el abuelo—. Sobre todo cuando uno es joven como lo eres tú.

Y de pronto recuerdo algo que he leído en alguna parte. En *El libro de la selva*, creo. Que hay elefantes que saben cuándo van a morir. En ese momento abandonan la manada y se retiran a un lugar plagado de esqueletos: al cementerio de elefantes, y allá mueren.

¿Se querrá retirar el abuelo porque desea morir en paz?

—Es una ironía del destino que yo padezca del hígado —murmura el abuelo mientras se limpia las gafas con una punta de la camisa—. Se dice que esa enfermedad únicamente afecta a los que han bebido en abundancia a lo largo de toda su vida. Yo, sin embargo, apenas he tomado una copita de vino de tarde en tarde.

Estoy cansado. Tengo sueño.

—Por favor, abuelo, vuelve de nuevo a casa.

Adopto un aire suplicante y miro al abuelo con todo el cariño de que soy capaz. O por lo menos lo intento. ¿Miraré de verdad con cariño cuando me imagino que miro con cariño? Nunca me he observado al espejo mientras lo hacía. Espero que el abuelo se deje impresionar.

—¡Michi! ¡No bizquees! —me avisa él—. Es malo para los ojos.

No sé cómo me las arreglo para llegar siempre tan tarde. Oigo sonar el timbre cuando subo las escaleras como alma que lleva el diablo.

—Hola —susurra Ferdi.

Su susurro se debe a que el Mühlhuber entra en clase justo detrás de mí.

—¿Gripe? —pregunta el profesor cuando coloco la disculpa sobre la mesa.

—Sí.

Siento que me mira de arriba a abajo, y de pronto me doy cuenta de lo moreno que me he puesto esta última semana.

Una semana: ¡qué cosa tan extraña es el tiempo! Jamás dura lo mismo, o al menos a mí así me lo parece. Una semana de vacaciones, por ejemplo, resulta mucho más corta que una semana de colegio con dos dictados y una redacción.

Por otra parte, la semana de vacaciones se hace larguísima cuando estás en medio de ella. Sólo encoge cuando uno regresa a casa. Es para volverse loco.

Durante la pausa le hablo a Ferdi de Gran Canaria.

—¿Así que tu abuelo se escapó, eh? Me deja pasmado.

—¿Cómo demonios te has enterado?

—Me lo contó Erwin. Sí, hombre, el hermano de Gerd, el amigo de tu hermana. Vive al lado de casa.

Por lo visto Gerlinde no es capaz de mantener la boca cerrada ni diez minutos. ¡Y eso que llegamos anoche...! Estábamos deshaciendo las maletas cuando nos dimos cuenta de que ella había desaparecido. Como si no tuviera nada mejor que hacer que ir a ver a su querido Gerd...

Le cuento a Ferdi con pelos y señales lo que sucedió con el abuelo.

—Desde luego, la cosa no es como para reírse —dice con aire meditabundo—. Tu abuelo me da pena.

A cambio de la sal y de unos cubiertos de plásticos que le he traído del avión, mi amigo me regala su chicle, y yo lo acepto, aunque ya está demasiado chupado y no sabe ni pizca de dulce.

—Me alegra que tu abuelo haya regresado con vosotros.

—A mí también.

Después de clase, Ferdi me lleva a casa. Estoy abriendo la puerta del jardín cuando veo a un coche doblar la esquina. Es un Peugeot. Azul oscuro, con un letrero rojo y blanco en el que se lee: «Médico». A menudo cierro los ojos e intento averiguar la marca del coche por el ruido. En ocasiones, hasta acierto y todo.

Del coche desciende el doctor Gnad.

—¡Hola, Michi! ¿Cómo va eso?

Me cae muy bien el doctor. Me conoce desde que nací. El abuelo afirma de él que es el mejor médico del mundo. Porque no les regatea tiempo a sus pacientes.

Mamá afirma, por su parte, que no existe en toda Austria otro médico como el doctor Gnad.

—Es uno de esos médicos chapados a la antigua, un verdadero médico de cabecera.

En cierta ocasión mamá padeció un problema circulatorio. Pues bien, el doctor acudió en plena noche, le puso una inyección y se quedó sentado al lado de su cama, sosteniéndole la mano a mamá hasta que se durmió. Por si fuera poco, el doctor Gnad cuenta muchísimas cosas de sus viajes. Conoce casi todo el mundo.

—Estupendamente —respondo—. Gracias.

Con él siempre soy educado. La Nowotny afirma que con los médicos hay que serlo siempre. También hay que guardarles respeto porque han estudiado durante largo tiempo y en consecuencia se trata de personas muy inteligentes.

El doctor Gnad oyó por casualidad esta opinión de la Nowotny y se enfadó.

—¡Bobadas! —repuso—. Confianza es lo que hay que tener conmigo. Nada más.

—Y un volante de asistencia médica —musitó la Nowotny.

Ella siempre erre que erre.

—¿Qué tal el abuelo? —me pregunta el doctor tras el saludo—. ¿Ha seguido su dieta durante las vacaciones?

¿Dieta dice? ¡Qué va! El abuelo comía siempre lo mismo que todos nosotros.

—Un día hasta le dio un ataque por comer pimientos rellenos...

—¡Vaya, vaya! Me va a oír —susurra el doctor Gnad con una expresión de cólera en el rostro.

No me gustaría nada estar ahora en el pellejo del abuelo.

Voy a la cocina a ver a mamá.

—¿Sabías tú algo sobre la dieta del abuelo? —le pregunto.

—No, ni una palabra.

La Nowotny aguza los oídos. ¿Nos lo habrá ocultado el abuelo?

Mamá rechaza la idea con energía. No quiere darle motivos a la Nowotny para sus chismorreos.

A mamá le disgusta profundamente que la gente hable de nosotros.

—Voy a arrebatarte al abuelo por unos días No me queda otro remedio —me explica el doctor Gnad pasándome el brazo por los hombros—. He de ingresarlo en el hospital para someterlo a una revisión.

—¿Qué le pasa al señor Nidetzky?

La Nowotny irrumpe por la puerta de la cocina limpiándose las manos con un paño y mira al doctor llena de curiosidad.

—Nada, señora Nowotny, nada en absoluto.

Ella también acude dos veces por semana a casa del doctor para limpiar. Por eso la conoce.

—Secreto profesional —respondo con sarcasmo.

—No seas deslenguado, Michi —me increpa la Nowotny.

El doctor Gnad se reúne con mamá en la cocina tras cerrar la puerta a sus espaldas. La Nowotny y yo nos quedamos fuera.

—¿Qué te parece...? —exclama la Nowotny enfadada.

Al ratito la puerta vuelve a abrirse y aparece el doctor.

—Quiero hablar contigo —dice.

Y nos encaminamos los dos al jardín.

—Tu mamá me ha contado que sabes lo que ocurre, ¿es cierto?

Yo asiento con un movimiento de cabeza.

—En fin, tu abuelo no se encuentra bien. Hay que hacerle un reconocimiento a fondo en el hospital... ¿Quieres ayudarme, Michi?

—Sí —respondo en el acto.

—Entonces recuérdale a tu abuelo que tome las pastillas a sus horas y no coma a escondidas alimentos prohibidos. Le he dado a tu madre la dieta.

—Bien, me ocuparé de ello.

Me gustaría preguntarle al doctor cuánto tiempo vivirá el abuelo, pero de repente me quedo mudo, incapaz de pronunciar palabra.

—¡Magnífico!

Intento contener las lágrimas, pero el doctor Gnad no se le escapa un detalle.

—¡Michi, nada de llantos ahora! Ya no eres un niño. Vamos, hombre...

—Ya pasó.

Trago saliva un par de veces y consigo superar esa tonta sensación de ahogo en la garganta.

Apenas he traspasado la puerta, me detengo y sonrío. Sabía antes de entrar que el abuelo estaría sentado en la cama así, con las gafas colocadas *así*, y sosteniendo un libro entre las manos *así*.

—¿Qué? ¿Hace una historia?

El abuelo retira el edredón y yo me introduzco debajo.

—Erase una vez un niño que se llamaba Michi Nidetzky. Vivía en América, en una pequeña ciudad de Ohio. Corría el año 1857, y el niño contaba diez años. Sin embargo, sus amigos no le llamaban Michi, sino Thomas Alva Edison. Nadie sabe cómo llegaron a darle ese apodo...

Yo ya conozco esa historia. Cuando sea mayor —como Thomas Alva, claro—, inventaré el fonógrafo, la lámpara con filamento de carbón, el kinetógrafo y otros muchos aparatos importantes. Porque soy el más grande inventor de todos los tiempos.

No obstante, hoy no me apetece ni pizca oír la historia hasta el final. El abuelo se ofende un poco cuando le interrumpo:

—¿Cuándo vas a ingresar en el hospital, abuelo?

—¿Quién, yo? —parece desconcertado—. Pasado mañana.

—¿Duelen los reconocimientos?

—Bastante.

El debe de saberlo bien, ya que se los hicieron por primera vez el año pasado.

El abuelo meneaba la cabeza.

—Me parece absurdo. Seguro que los médicos no descubren nada nuevo. Todo el mundo sabe que nadie puede ayudarme ya.

—¿Por qué vas, entonces?

—Por la esperanza. Una cosa muy curiosa, la esperanza. A veces uno espera que ocurra un milagro, y en *mi caso* sería desde luego un milagro que me curara de repente.

—¿Por qué no puede existir nada imposible? —exclamo.

—No, no —el abuelo niega con un movimiento de cabeza—. En realidad, yo no tengo fe en ello. Quizá resida ahí el error. Hay personas que creen con tanta fuerza en un milagro, que éste acaba por ocurrir. ¿Has oído hablar alguna vez de Lourdes?

—No.

—Se trata de un santuario situado en el sur de Francia. Allí se le apareció dieciocho veces la Virgen a una niña llamada Bernadette. Andando el tiempo, la declararon santa, no sé bien por qué. Bien, el caso es que allí, en Lourdes, mana una fuente con fama de milagrosa. A esa fuente ha acudido en peregrinación mucha gente, y un buen día sucedió el primer milagro. Un enfermo —he olvidado si era ciego o tullido— consiguió volver a ver. O a andar.

Por sus palabras, parece como si el abuelo no creyera que esos milagros hayan ocurrido de verdad.

—¡Oh, sí! Claro que creo en ellos. Lo que no creo es que sea Bernadette quien los realice. Murió hace ya demasiado tiempo. ¿Y qué decir de la fuente? ¿Crees tú que un trago de agua puede devolver la vista a un ciego?

—Naturalmente que no —respondo.

—¿Te das cuenta? Sin embargo, los milagros han ocurrido de verdad. Debidos a la fe de las personas, única y exclusivamente a la fe. Cuando se cree muy firmemente en algo, ese algo puede hacerse realidad. Los enfermos de Lourdes han creído. En santa Bernadette. Y en Dios.

—¿Tú no crees en Dios?

—No, Michi. Nunca me ha sobrado nada para la Iglesia. Para mí, Dios no existe. A veces envidio a las personas que creen en Él.

¡Qué curioso! Yo pensaba que todos los ancianos creían en Dios. Algunos domingos voy a la misa que se celebra para los niños. Cuando ésta termina y comienza la de los mayores, no se ve entrar más que a unos cuantos ancianos.

—¡Ojalá puedas creer firmemente en algo, abuelo!

—Ya lo hago —responde el abuelo con una sonrisa—. Creo que te convertirás en un tipo estupendo.

Hemos llevado al abuelo al hospital. A mí no me han dejado entrar porque sólo dan permiso de visita a los mayores de catorce años. El abuelo me ha amenazado con aparecérseme como un fantasma si me preocupo demasiado.

—¡Dentro de cuatro días estaré de nuevo en casa!

El abuelo me saluda desde el balcón. Yo permanezco abajo, sentado en un banco de madera pintado de verde, deseando encontrarme muy lejos de allí. No soporto los hospitales.

Las enfermeras te despiertan demasiado temprano, cuando aún es de noche, y se dedican a tomarte la fiebre a cada momento. Lo sé porque hace dos años me operaron de apendicitis. Lo peor de todo fue que mamá sólo podía visitarme cada dos días. En una ocasión el abuelo se coló fuera del tiempo de visita y me trajo mi osito de peluche.

Yo podría intentar lo mismo que el abuelo: colarme. ¿Quizás con ayuda de algún disfraz? Un pijama a rayas, por ejemplo, para que las enfermeras creyeran que soy un paciente. Hay un problema: el servicio de pediatría está instalado en otro edificio. No, demasiado simple.

El abuelo ha regresado. Con un aspecto deplorable en mi opinión. Gerlinde afirma que se parece a un fantasma por su palidez. Yo no lo encuentro nada gracioso.

Al abuelo le han sacado muestras. Yo no sé muy bien qué es eso.

Se niega en redondo a hablar de la revisión. Sin embargo, se queja de que le dolió muchísimo.

Ahora la dieta del abuelo se reduce a alimentos horribles, cocinados sin sal ni pimienta. Le han prohibido también tomar carne frita. Come un pan muy raro untado con requesón sin grasa.

—Todo esto no son más que bobadas —gruñe él cuando mamá le coloca ante las narices otra rebanada de pan con requesón—. Qué más dará que me muera unos días antes o después...

A él no le da lo mismo después de todo, porque ahora sigue con escrupulosa exactitud la dieta que le han prescrito.

Ha adelgazado. Salta a la vista. Juraría que le ha desagradado que yo irrumpiese hoy en el baño, después de comer, mientras se pesaba vestido con sus calzoncillos blancos hasta las rodillas. Le he visto bajarse del peso muy deprisa y simular que intentaba peinarse. Sin embargo, no llevaba peine alguno en sus manos.

—¿Cuánto pesas? —le he preguntado.

—Sesenta y cuatro —ha murmurado—. Hace cuatro semanas eran sesenta y siete.

—Con lo poco que comes, es normal que adelgaces. Tienes que comer más. Cuando te cures del todo...

Me detengo en mitad de la frase al darme cuenta de que el abuelo ya nunca se curará.

No acabo de creerlo. Por más que me esfuerzo, no logro comprender que el abuelo esté tan enfermo que nadie pueda ayudarle. No consigo hacerme a la idea. Por más que lo intento, no puedo.

Hoy es el cumpleaños de Ferdi. Como él no puede dar fiestas en su casa, mamá ha propuesto que lo celebremos en la nuestra. Es muy generosa por su parte al asumir voluntariamente el trabajo que eso supone.

Hemos invitado a otros cinco compañeros de clase. Al gordo Walter, que acude vestido con su uniforme de boy-scout, del que está tan orgulloso. A Regina, que se sienta detrás de mí en el colegio y que es la única niña con la que Ferdi y yo nos entendemos. Las demás son tan extremadamente infantiles que sólo saben reírse con risitas tontas.

Vienen también Rudi, Peter y Gernot. A mí no me caen demasiado bien, pero al fin y al cabo quien cumple años es Ferdi, así que puede invitar a quien le venga en gana.

—Considérate como en tu casa —le dice mamá a Ferdi.

Ayudamos a batir la nata y echamos salchichas en agua caliente. También hay cacao en una gran olla. En la superficie flota una capa de nata. No soporto la nata. ¡Aggg...!

A las tres, Walter y Regina aparecen delante de la puerta del jardín. A los demás los traerán sus padres en coche, porque viven más lejos.

Mi hermana ha puesto pies en polvorosa.

—Una fiesta de niños pequeños es demasiado para mí —afirma con aire despectivo al marcharse.

Probablemente en estos momentos se habrá reunido con su Gerd y estarán cortejándose.

Jugamos a policías y ladrones, al escondite y al marro.

El abuelo sale al jardín y se sienta en el banco situado entre los abedules.

—Ese es el abuelo —señalo a los niños.

—¡Sí, el que tiene cáncer! —añade Ferdi.

E inmediatamente se tapa la boca con las manos, asustado de que se le hayan escapado esas palabras.

El abuelo le mira asombrado.

—No tienes por qué avergonzarte, Ferdi. No has dicho ninguna mentira. Es la pura verdad.

Ferdi, sin embargo, parece muy apenado.

—Esas cosas no deben decirse —tartamudea.

—Porque a nadie le importan —responde el abuelo con sorna—. Desde luego, por mí, que se enteren todos. El mundo entero. ¿Acaso la enfermedad es un motivo de vergüenza?

A continuación, el abuelo nos relata un cuento en el que figuramos los seis. Yo soy el rey Arturo y los demás mis caballeros de la Tabla Redonda. Es muy bonito ver cómo escuchan al abuelo llenos de interés. Alguna vez he pensado que quizá yo sea ya demasiado mayor para esas historias, pero si los demás atienden con tanta atención es que no lo soy.

Y luego añade, muerto de envidia:

—El mío no cuenta los cuentos tan bien. Se pasa la mayor parte del tiempo gruñendo. Suele decir que antes, en su infancia, todo era mejor, muchísimo mejor.

No consigo imaginarme al abuelo siendo un niño pequeño. Un bebé mamando del pecho de mi bisabuela. Por más que lo intento, siempre me sale un abuelo diminuto con gafas y largos cabellos blancos. Un mini-abuelo, vamos.

Me han regalado un libro maravilloso. Se titula *El tesoro del Lago de la Plata*. Interesantísimo. Mamá acaba de venir a darme las buenas noches porque ya son las nueve.

El año pasado mi abuelo me regaló una linterna por mi cumpleaños. Ha llegado el momento de utilizarla. Me encanta leer cubierto por las mantas.

Necesito ir al servicio. Me deslizo sigilosamente por el pasillo, procurando que no me oiga mamá. Ella opina que hay que ir al servicio antes de acostarse. Oigo voces procedentes de la cocina. La del abuelo entre ellas. Estoy sorprendido. Yo pensaba que llevaría ya un buen rato en la cama.

—Hay que dejarlo ultimado ahora mismo —oigo decir al abuelo.

Pego la oreja a la puerta y contengo la respiración.

—Quisiera legalizarlo ahora, Paul. Tú debes estar presente como testigo.

—Pero, padre, es... Te sobra tiempo para hacer testamento, quizá un par de años todavía.

Es mamá. Se ríe, pero su risa no suena muy sincera. Es la misma que cuando le pregunta alguien qué tal le va.

—Sí, sí —insiste el abuelo—. Hay que ultimarlos ahora mismo.

Mamá debe estar situada junto al armario de la cocina porque la oigo abrir la portezuela y sacar algo.

—Haré un café, Paul —dice ella.

—Bien. La casa, como es lógico y natural, la pondré a vuestro nombre en los próximos días. Quiero evitar los impuestos sucesorios. Los valores... —se oyen crujidos de papeles—. Aquí, Paul, aquí están las cédulas hipotecarias. Vencen en 1980. No las vendas antes. Ahora también os pertenecen. No es que sea una gran suma, sólo doscientos mil chelines...

—¿Que no es una gran suma? —exclama asombrada mamá—. Yo sé que todo ese dinero te lo has quitado de la boca a lo largo de tu vida.

—Cierto, menudo tonto he sido. Mejor hubiera hecho en malgastarlo, emprender largos viajes, permitirme algunos lujos, disfrutar de la vida... —suspira—. En fin, ya es demasiado tarde. Ya no tiene remedio. ¡Al menos vosotros sacaréis provecho! ¡Ah, se me olvidaba! Tomad esta libreta de ahorros. Es también vuestra.

—He ido depositando mil chelines mensuales para que el chico tenga algo cuando alcance la mayoría de edad.

Oigo unos chirridos. Están corriendo una silla. Se acercan pasos. Corro como un ciclón por el pasillo y me introduzco de nuevo en mi habitación.

El abuelo ha trabajado durante 40 años. De lunes a viernes en jornada de 8 a 5. Me lo ha contado él. ¿Nos va a entregar de golpe el dinero que ha ahorrado?

En el fondo, el asunto debería alegrarme, sobre todo la libreta de ahorros. ¡Quién sabe el dinero que habrá ahorrado para mí el abuelo...! Cuando cumpla dieciocho años, me pertenecerá. No estoy muy seguro de quererlo, aunque seguro que con esa suma podría comprar cosas magníficas: una bicicleta con cambio. O un equipo de música estéreo. Y discos...

A pesar de todo, es una jugada sucia que se deba morir el abuelo para que nosotros recibamos el dinero.

Ha sonado el timbre. En la puerta, debajo de un gigantesco paraguas negro, aparece la señora baronesa. Yo no sé si es una baronesa de verdad. El abuelo siempre la llama así.

Viste un abrigo negro con un espantoso cuello de piel, del que cuelgan todavía las cabezas de los zorros. Cuando me muera, no me gustaría que me colgaran alrededor del cuello de nadie.

—Quisiera hablar con el señor Nidetzky, el abuelo —informa.

Ella nos visita con frecuencia, aunque creo que no conoce mi nombre.

—Buenos días, señora baronesa.

—¿No eres tú el pequeño... ?

—Michael, sí.

Siento contraerse las comisuras de mi boca, pues la anciana ofrece un aspecto muy cómico al entrar en casa con unos pasitos muy cortos y el paraguas mojado lejos de su cuerpo.

La señora baronesa es una vieja amiga del abuelo. Estuvo casada con uno de sus compañeros de oficina, que tenía un cargo superior al del abuelo, jefe de sección o algo parecido.

En cierta ocasión papá me contó con una sonrisa de oreja a oreja que tuvieron un amorío juntos, que la señora baronesa y el abuelo estuvieron en el pasado muy enamorados.

Acompaño a la señora baronesa a la habitación del abuelo. Ella llama tres veces a la puerta.

—Entre —se oye al abuelo.

Se ha puesto su mejor traje, el negro. En efecto, hoy es jueves y la señora baronesa viene el tercer jueves de cada mes.

Gerlinde ha dicho hoy durante el desayuno:

—Hoy es otra vez el día-del-traje-negro.

Esa frase siempre enfada al abuelo.

El traje negro está ya muy viejo, con los codos de la chaqueta desgastados. Además, ahora, como el abuelo ha adelgazado tanto, los pantalones le bailan alrededor de los muslos.

Me quedo parado en la puerta, viendo a la señora baronesa deshacer un paquete. Es una tarta de manzana entera.

—Hecha por mí —aclara ella.

El abuelo ya ha dispuesto el café.

—¿No toma usted? —pregunta asombrada la señora baronesa cuando el abuelo le sirve una taza.

—No —contesta el abuelo con una tímida sonrisa—. El corazón, ya sabe...

—Claro, claro —concede la señora baronesa, y se introduce en la boca un trozo gigantesco de tarta—. Al menos probará mi tarta, ¿no?

—Acabo de comer. Quizá más tarde —rechaza el abuelo con un gesto.

Yo noto que el asunto le resulta molesto.

—¡El abuelo no puede! —interrumpo yo al observar que el abuelo mira de reojo la tarta.

—Bien, Michi, es hora de hacer los deberes —dice el abuelo—. ¿O no te han puesto hoy?

Me doy por aludido: me echa con viento fresco. Estoy asombrado. Y un poco ofendido. Lo he dicho con la mejor intención del mundo. Me reúno con Gerlinde y le cuento el extraño comportamiento del abuelo.

—¿Extraño? ¡En absoluto! Es muy lógico. Seguro que continúa enamorado de la señora baronesa. Por eso se avergüenza de ser viejo y enfermo.

—Entonces ella es la única persona ante la que él siente vergüenza.

—Hummm... —farfulla mi hermana encogiéndose de hombros.

Teclea como una loca su calculadora de bolsillo.

—¿Por qué se tratan de usted si están enamorados?

Quizá Gerlinde conozca la respuesta. Yo lo encuentro rarísimo.

—Es una costumbre del pasado. Se comportaban así para guardar las apariencias.

—¿Para qué?

Gerlinde se levanta, camina despacio hacia la puerta y me la abre.

—Para que nadie se diese cuenta —explica antes de echarme—. Tengo que estudiar...

¿Para que nadie se diese cuenta de que estaban enamorados? Bueno, a lo mejor antes tenía sentido. Pero ¿ahora? La señora baronesa y el abuelo son viudos.

Me muero de curiosidad por saber de qué hablan esos dos, el abuelo con su traje negro y la pequeña dama de aspecto cómico... Lucho unos segundos conmigo mismo y después voy derecho a la puerta del abuelo y pego el oído a la madera.

En efecto. De pronto él trata a la señora baronesa de «tú». Hablan del pasado. De bobadas... Quiero decir, de sucesos antiguos, recuerdos y cosas parecidas. No me interesa la conversación lo más mínimo.

A pesar de todo, sigo sin entenderlo. ¡Guardar las apariencias! ¿Tiene eso algún sentido?

En la cocina veo a Gerd, el amigo de mi hermana. Sí, el de la cara llena de pecas. Se está atracando de pasteles de vainilla, comiendo uno tras otro. Mamá se alegra de que le gusten. Ella cree que Gerlinde se casará con Gerd algún día, cuando sea mayor. Por eso mamá se muestra tan amable con su futuro yerno. Aquí nadie cuenta conmigo, pero si alguien me pidiese mi opinión..., bueno, contestaría que no me gustaría tener a Gerd en la familia. Mamá debería oírle hablar de ella a sus espaldas. «La vieja de Gerlinde», la llama Gerd. Cambiaría en el acto su opinión sobre él.

Hago pompas con mi chicle. Plop, plop... Ya he terminado mis deberes, el abuelo desea estar a solas con su señora baronesa, y en la cocina no me apetece nada quedarme. Más que nada, por Gerd.

Entra mi hermana. Lo que me faltaba. A Gerd y a Gerlinde juntos no hay quien los aguante. Se miran siempre de una forma... ¡Como dos cretinos enfermos, de verdad! Los enamorados siempre se miran así. Están como cabras.

Si tuviera una bicicleta podría visitar a Ferdi. Mamá se niega a regalármela por mi cumpleaños. Dice que hoy en día es demasiado peligroso montar en bici por la calle porque hay muchos coches.

Ferdi dobla la esquina tocando el timbre. ¡Hablando del rey de Roma...!

—¿Vienes al parque?

Bueno. Más vale eso que nada. Ojalá no haya otros niños. Hace unas semanas pasó por el parque Hansi, un compañero de clase, acompañado por sus padres. Al día siguiente fue contando por el colegio que Ferdi y yo nos divertíamos jugando en el tobogán de los niños pequeños. No me gustaría que me volviera a pasar lo mismo.

En el parque no hay nadie.

El suelo sigue blando por la lluvia. Yo me deslizo el primero. ¡Maldición! ¡He aterrizado en medio del barro! Tenía que ser precisamente hoy que llevo puestos los vaqueros recién lavados. Se ha acabado la diversión para mí.

—¡Uyuyuy...!

Ferdi me mira de arriba a abajo y tuerce el gesto. Sabe lo que dirá mi madre en cuanto vea los pantalones sucios.

Corremos a la cafetería y nos metemos en el lavabo. Me quito los pantalones y Ferdi intenta lavar las manchas húmedas de barro. Me quedo en un rincón tiritando de frío porque no llevo más que los calzoncillos. Las manchas, a medida que las frota Ferdi, aumentan de tamaño.

—¿Qué tal tu abuelo?

Ferdi restringe la tela con tanta energía que tengo miedo de que la rompa.

—Tirando.

¿Qué le voy a decir? En realidad no sé cómo se encuentra. El abuelo casi nunca se queja. No obstante, yo sé que sufre dolores. Tampoco protesta por haberle prohibido comer lo mismo que nosotros.

Ayer noté que el abuelo miraba fijamente mi *gulasch*, con la boca abierta. Sin embargo, se armó de valentía y siguió comiendo a cucharadas su papilla, que tenía un aspecto tan repulsivo que con sólo mirarla se me quitó el apetito.

Me pongo mis vaqueros, tan empapados que se me pegan a los muslos. No han desaparecido las manchas. Si mamá no las descubre, es que está ciega perdida.

—¿Vamos a ver a tu abuelo? A lo mejor nos cuenta un cuento como el día de mi cumpleaños. ¿Te acuerdas? —Ferdi me observa entusiasmado—. Fue una historia maravillosa. De veras.

—Imposible. Tiene visita.

Le hablo a mi amigo de la señora baronesa. Él tampoco entiende por qué se tratan de usted dos personas que se amaron anteriormente.

—¡No puedo imaginármelo! ¡Tu abuelo y una mujer! ¿Crees que la habrá besado? —Ferdi suelta una risita contenida.

—¡No te rías como un imbécil!

Me enfado con él. Pues claro que habrá besado el abuelo a la señora baronesa.

Sin embargo, en cierto sentido, Ferdi tiene razón. Tampoco yo logro imaginármelo. El abuelo es el abuelo, y yo siempre le he conocido sin mujer. La abuela murió cuando yo ni siquiera había nacido.

Los vaqueros se empeñan en no secarse y me producen escalofríos.

—Venga, vámonos a casa.

—O.K. — asiente Ferdi.

Escupe su chicle, que describe una amplia curva, proyectándolo mucho más lejos de lo que yo podría aspirar.

—¿Es que se han olvidado de él? ¡El anciano caballero se ha quedado en los huesos!

Ante la señora baronesa humea una taza de café y unos cuantos pasteles de vainilla que ha dejado Gerd. No demasiados, la verdad.

Mamá, sentada en el sofá, esboza una sonrisa forzada.

—Querida señora Liesegang, yo no me merezco ese reproche...

Me huele a pelea. La escena se repite en los últimos tiempos. Aquí debe de haber gato encerrado.

—Pero... —intenta continuar la señora baronesa.

Mamá, sin embargo, no se lo permite.

—¡Por favor! —clama con tono de amenaza—. ¡Delante del niño, no!

Acto seguido cierra las manos y toca, horrorizada, mis pantalones mojados y sucios.

Sí, sí, te he oído. Sí, en el parque. Claro, me cambiaré ahora mismo. Voy a coger un catarro. Sí, sí... No entiendo por qué no pierdo a veces la paciencia. De verdad.

—¡Vaya, vaya! Elvira... —suspira el abuelo mientras escarba en un montón de fotos antiguas.

Elvira es la señora baronesa.

—Este es el barón Liesegang, y mira, mira, ésta es ella —el abuelo sostiene la fotografía lejos de su rostro y entorna los ojos—. Entonces todavía era joven. ¡Y guapa!

Yo no habría reconocido a la señora baronesa. La mujer de la foto no se parece ni en pintura a la ridícula dama anciana que acaba de zamparse en el salón mis pasteles favoritos.

El abuelo sigue encontrando hermosa a la señora baronesa, según me confiesa él mismo. Sin embargo, debe de haberse dado cuenta de que no comparto su opinión.

—Es que los gustos han cambiado —afirma meneando la cabeza—. Hombre, más guapa no se ha vuelto, lo reconozco. Nadie gana belleza con el paso del tiempo. ¡Mírame a mí!

—Yo te encuentro guapo.

Pero él no me cree.

—¡Michi, Michi! Me halagas demasiado...

Se echa a reír y acto seguido muerde con expresión compungida un pedazo de bizcocho reseco y duro como una piedra.

Se levanta de su escritorio y coge su bastón. En los últimos tiempos lo necesita con más frecuencia que antes.

Se dirige hacia la cocina. Yo troto tras él.

Voy a prepararme en seguida una hermosa y gruesa rebanada de pan con mantequilla. Y con mucha sal encima...

Me han puesto un enorme y orondo sobresaliente en mi examen de matemáticas. He de enseñárselo al abuelo en cuanto llegue a casa. Ferdi ha obtenido un aprobado y no se atreve a volver a la suya. Y es que su padre piensa que un aprobado en matemáticas es casi peor que un suspenso. Él no espera de Ferdi más que sobresalientes y de vez en cuando, y como excepción, se conforma con un notable. ¡Pobre Ferdi!

En los últimos tiempos el abuelo muestra debilidad por las fotografías. Ya está de nuevo revolviéndolas en su escritorio. Ha volcado sobre el tablero de la mesa dos cajas rebosantes de fotos. Parece como si el abuelo estuviera buscando algo determinado. Entretanto, murmura entre dientes. No consigo entender lo que dice, excepto unas cuantas palabras.

—Ahí tenía que... ¿Dónde habré metido...? ¡No! ¿Será posible?... Desorden... ¿Lo habré perdido...?

El abuelo no se había dado cuenta de que yo había entrado en su cuarto y se sobresalta cuando aparezco a su lado como salido de la nada.

—¡He conseguido un sobresaliente! —le informo con orgullo mientras intento entregarle el cuaderno.

—Bien, bien.

Me decepciona que no mire mi ejercicio con más atención. Aunque siempre lo hace, hoy se limita a echar una ojeada distraída al sobresaliente rojo, tras de lo cual me devuelve el cuaderno.

Él percibe mi mirada de desconcierto.

—Estoy buscando una fotografía —aclara.

Eso ya lo sabía yo sin que me lo dijera.

—¿Cuál?

—Una de Willi Jedlicka. Sí, sí, Willi... —la voz del abuelo suena triste—. Era dos años más joven que yo.

En ese momento descubre la hoja de papel blanco con orla negra y enormes letras también de color negro. Se trata de una esquelita mortuoria, una «necrológica» en palabras del abuelo.

«Nuestro amado esposo, padre, abuelo y tío ha fallecido repentina e inesperadamente a los 79 años de edad.»

Bajo el texto, muchos nombres. ¡Y la fecha de la «inhumación»!

—¿Qué significa inhumación? —pregunto sin entender—. Yo creía que a un muerto se le enterraba. Tumbado y de espaldas. ¿O es sentado?

Ya no estoy seguro.

—¡No digas tonterías! Entierro es lo mismo que inhumación —responde el abuelo—. ¡A mí esas cosas también me sacan de quicio!

Descarga la palma de la mano sobre la mesa. Un par de fotos se proyectan hacia arriba, como si se hubiesen asustado.

—Dime la verdad, Michi: ¿no te parece también a ti que la gente es tonta? —el abuelo se acalora por momentos—. Dicen inhumación en vez de entierro. Fallecido en lugar de muerto...

—Ha expirado Fulano —se me ocurre.

—O se ha dormido en el Señor, ha pasado a mejor vida. El Señor le ha llamado a su seno...

—¡...Ha mordido el polvo! —exclamo yo, y repito una frase de las películas del Oeste que se ven por televisión—. Está criando malvas...

El abuelo aún sabe más.

—Ha sonado su última hora. Ha dejado de penar... Todo porque nadie se atreve a decir: Fulano se ha muerto. Así de sencillo: se ha muerto. Muerto y bien muerto. Y punto.

—A mí me parece que lo de morder el polvo es más divertido.

—Bueno, no sé qué decirte —el abuelo agita titubeante la cabeza—. Imagínate un cadáver tumbado en la caja con un montoncito de polvo en la boca, y el cura largando su sermón... No, no resultaría precisamente solemne... —el abuelo ríe para sus adentros—. Michi, me has levantado el ánimo, en serio. Me alegro de tenerte a mi lado. Me encontraba muy deprimido por lo de Willi Jedlicka. Empezamos juntos de aprendices en Reichert. Fue en 1912... ¿O fue en el trece? En cualquier caso antes de la guerra. ¿De qué moriría Willi?

El abuelo baja el tono de voz, como si estuviera alejándose o contándose algo a sí mismo.

—¿Sufriría un ataque? Siempre pareció más joven que yo. Además era fuerte como un roble...

—¿Un ataque? ¿De quién?

Yo nunca había pensado en el significado de dicha palabra. El abuelo se ríe. No entiendo por qué.

—¡Bobo, no es lo que te imaginas! He querido decir un ataque al corazón. Cuando ocurre, el corazón se para, deja de latir. Es la mejor muerte que hay.

—¿Porqué?

—Porque es la más rápida. Uno casi no se da cuenta.

El entierro de Willi será pasado mañana.

—Si quieres, puedes venir.

Creo que el abuelo pretende alegrarme con esa invitación. Pero yo no estoy lo que se dice entusiasmado. No me gustan los cementerios. En ellos suceden cosas terribles, sobre todo a medianoche.

Además, seguro que mamá se empeña en encasquetarme el traje negro, que tiene las mangas muy cortas y el botón del medio que no cierra.

—¡Ponte el traje negro! —ordena a gritos mamá.

Ya he vuelto a crecer. Me veo obligado a ponerme calcetines negros para que no se note que los pantalones se me han quedado cortos. También corbata. Mamá me ayuda a hacerme el nudo. No me gusta tenerla encima de mí, atusándome, así que suelto un suspiro de alivio cuando veo al taxi detenerse ante la puerta del jardín.

Mamá ha insistido en que vayamos en taxi. Al principio el abuelo se ha resistido un poco. Pero cuando nos encontramos sentados en el coche, se alegra.

—No estoy tan ágil como hace un año —admite.

Delante de mamá no habría pronunciado jamás esta frase. Estoy seguro.

El abuelo mira con creciente inquietud el taxímetro y al fin pregunta al taxista:

—¿Cuánto costará aproximadamente el viaje?

El conductor rezonga malhumorado, y el abuelo me susurra al oído:

—Los taxistas son unos maleantes y estafadores que se enriquecen a costa de pobres gentes como nosotros...

Quizá su tono de voz era demasiado alto porque el taxista dice con tono amenazador:

—¿Quiere usted apearse? ¡Pues entonces, cálese, caballero!

El abuelo monta en cólera, pero como no quiere bajarse, obedece, aunque no pierde de vista el taxímetro. Sigue con los ojos clavados en él, como si estuviera hipnotizado.

Paga sin rechistar los 200 chelines. Pero no le da ni un céntimo de propina al taxista.

—Willi bien se merece este gasto.

Sin embargo, sé positivamente que le duele desprenderse de tanto dinero.

Mamá dice que el abuelo es un tacaño. Yo no estoy de acuerdo, sólo es ahorrativo.

El cementerio es enorme. Hay tantas tumbas que no podría contarlas ni siquiera en una semana.

Yo ya he estado aquí una vez. Entonces adornamos la tumba de la tía Resi y encendimos los farolillos funerarios. Yo no la conocí; tampoco era una verdadera tía.

—Hemos de darnos prisa —me apremia el abuelo.

Van a ser las dos y media. Al abuelo no le gusta llegar tarde. Se orienta muy bien en el cementerio. Muchos de sus amigos del colegio han sido enterrados aquí.

El abuelo se detiene jadeando. Apenas hemos andado unos metros. Y muy despacito además. No acabo de entender su agotamiento.

—¡Allí! —exclama el abuelo señalando con su bastón un edificio situado delante de nosotros—. Es ahí donde está instalada la capilla ardiente.

Sigue caminando con mucha lentitud.

—¡No alborotes! —me advierte.

—No, abuelo.

Golpeo con el pie un montón de piedrecitas, que salen volando.

Nos preceden dos ancianas. El abuelo las saluda. Son dos antiguas compañeras de la empresa.

—¡Caramba! —exclama una de ellas—. ¡No tiene usted buen aspecto!

Yo dibujo con el pie monigotes en la gravilla. ¡Qué aburrimiento! Me encantaría estar en casa.

—¿Es de primera o de segunda clase?

Por un momento creo que la dama se refiere a mí y estoy a punto de responder: «¡Oh! No, señora, ya estoy en cuarto...». Pero me doy cuenta de que no habla de mí.

El abuelo me lo explica antes de entrar en el edificio de la capilla ardiente. Hay distintas clases de entierros. El de primera cuesta mucho más dinero que el de segunda. Para las gentes muy pobres existe un enterramiento de tercera clase, que es gratis.

—¡Es estúpido! ¿No crees? —despotrica el abuelo.

No parece importarle un pito que las dos mujeres situadas delante de nosotros puedan oírle con total claridad.

—Los hombres son iguales ante Dios, dicen. Pero es mentira. ¡Ni siquiera son iguales a la hora de la muerte!

El abuelo habla cada vez más alto.

—Para los muy pobres, no hay cantos junto a su tumba; deben contentarse con unas buenas palabras del señor cura. Sin embargo, cuando el entierro es de primera clase, el cura prepara su sermón con horas de antelación y un coro muy nutrido, con orquesta y todo, canta...

—¡Señor Nidetzky! ¡No blasfeme! —le sisea la señora de la izquierda—. Como le oiga alguno de los parientes...

—¿Qué...?

El abuelo sigue hablando. Conozco su modo de ser. Cuando está en vena, no hay quien le pare así como así.

—En casa, la familia come lo que puede, quizá patatas porque no hay nada mejor, pero el ataúd de lujo para el pobre muerto, ¡que no falte! Los vecinos han de pensar que son gente de muchísimo dinero...

—¡¡Señor Nidetzky, por favor!!

—Vale, vale. ¡Pero digo verdades como puños! Y encima se llaman cristianos. ¿Usted también cree en Dios?

—¿Quién? ¿Yo?

La anciana parece verdaderamente turbada.

—¡Aquí todos son buenos cristianos! —prosigue el abuelo—. No tema, señora. En caso de que exista, yo no tengo nada contra el buen Dios. Sin embargo, me gustaría que me explicara una cosa: ¿por qué lloran todos si el muerto ha ido a reunirse con Dios con el que se está tan bien? ¡Mírelos! ¡Gimotean porque un buen cristiano ha alcanzado el Reino de los Cielos!

—Oiga, señor Nidetzky, se trata de una costumbre... La gente no puede por menos que entristecerse... ¡No sea blasfemo!

Unas cuantas personas se han dado cuenta de la conversación airada. El abuelo tiene el rostro congestionado, y yo no acabo de encontrarme cómodo.

—¡Chiss!

La dama señala a un grupo que llega en ese momento. La familia Jedlicka. Son las tres en punto. Nosotros nos hemos adelantado media hora.

Hasta entonces yo había dedicado toda mi atención al abuelo. Ahora me doy cuenta de que en el centro de la sala reposa un ataúd. Siento una ligera decepción al verlo cerrado. El abuelo me había dicho que, a veces, se podía mirar dentro del ataúd y contemplar al muerto. A los cadáveres los maquillan, les dejan las mejillas sonrosadas y, según dicen, parecen más vivos que cuando vivían de verdad.

La tapa del ataúd continúa cerrada. Empieza a sonar un armonio, como en una iglesia. También hay un cura. Católico. Cuando cesa la música, rocía el ataúd con agua. Pero no es agua corriente, sino agua bendita. Detrás del cura se sitúan dos niños más o menos de mi edad, los monaguillos.

El cura reza un Padrenuestro y un Ave María, y algunas personas le acompañan entre murmullos. Pero o bien no conocen las oraciones o no saben si está permitido acompañar en los rezos.

El abuelo intenta agarrarme la mano y sujetarme, pero yo me escurro hasta la primera fila. Me disgusta tener delante de mí tantos mayores.

En la pared se amontonaban coronas de distintos tamaños con lazos negros y letras doradas.

«De tus hijos, adiós, amadís...» Era imposible leer el resto del mensaje al estar cubierto por otra corona un poco más pequeña. En ella se leía «Club de Fútbol Gol».

De repente, como brotados del suelo, aparecen cuatro hombres junto al ataúd, dos a cada lado. Son los sepultureros. El abuelo los llama empleados de pompas fúnebres. Con sus uniformes negros, galones y hombreras plateadas parecen generales. En la cabeza llevan sombreros napoleónicos torcidos, con las puntas hacia atrás y hacia adelante.

Los de pompas fúnebres levantan con sumo cuidado el ataúd, lo colocan sobre sus hombros y comienzan a andar a paso lento.

Se ha aglomerado bastante gente y temo perder de vista al abuelo.

—¡Abuelo! —grito.

—¡Silencio! —me susurra un hombre vestido de negro situado a mi lado.

El abuelo me ha descubierto.

Esperamos a que la sala se vacíe un poco. Ha salido mucha gente al exterior y se forma una larga fila tras el ataúd.

La lluvia fina de hace un rato se ha convertido ahora en un chaparrón.

A la cabeza camina el monaguillo con una cruz. La escena me trae recuerdos de una película que vi en televisión. Aún me acuerdo del título: «El baile de los vampiros». También en ella enarbolaban cruces. Con ellas pretendían ahuyentar a los vampiros.

—¿Hay aquí vampiros? —pregunto en voz muy baja al abuelo.

—Sí, y buitres —me susurra a su vez—. Son todos los que negocian con la muerte: el jardinero del cementerio y el enterrador y el encargado de lavar el cadáver y el cantero y el impresor de las esquelas y la empresa de pompas fúnebres y el cura...

—No, no, yo me refiero a vampiros de carne y hueso. Ya sabes, de esos que tienen dientes.

Le explico al abuelo cómo he relacionado ambas cosas.

—¡Qué cosas se te ocurren!

Y sonrío satisfecho mientras aprieta con fuerza mi mano.

Detrás del monaguillo va el cura. A veces mira hacia el cielo, como si quisiera con ese gesto detener la lluvia. Un monaguillo sale corriendo, probablemente a buscar un paraguas.

Al cura le siguen los cuatro generales que empujan el coche que contiene el ataúd. Los cuatro con el rostro triste, muy triste, parecido al de los perros Spaniel.

Luego, los parientes, y detrás, por orden, los que conocieron *muy bien* al muerto, a continuación, los que le conocieron sólo *bien*...

—Y por último los que le conocieron *un poco* —concluye el abuelo.

—¿Como, por ejemplo, tú?

—¡Exactamente! Como yo.

Y como las dos ancianas de la oficina del abuelo que corretean detrás de nosotros. Andamos y andamos y andamos... La cosa parece interminable. Cruzamos ante miles y miles de tumbas, al menos ésa es mi impresión.

Algunas de ellas, muy hermosas, sobre todo las más antiguas, esas en las que apenas se pueden leer las inscripciones por la erosión de la piedra. En ellas, las palomas de mármol se acurrucan junto a pequeños ángeles mofletudos que ya han perdido la punta de una de sus alas...

También veo lápidas más pequeñas, bajo las cuales yacen niños. En algunas, dentro de marcos redondos, hay fotos de esos niños, muy antiguas, de color sepia, como las que guarda el abuelo. Las lápidas modernas no me parecen tan bonitas. Son todas de las mismas dimensiones y únicamente se diferencian por las inscripciones.

Seguimos andando. A mí me duelen los pies, y el abuelo debe de estar a punto de desplomarse, a juzgar por la energía con que se apoya en su bastón.

Casi atropello al hombre que me precede cuando la comitiva se para de repente. El ataúd reposa sobre una especie de andamiaje encima de la sepultura abierta.

La mujer del velo negro sobre la cara llora situada en primera fila. Yo diría que es muy vieja, pero no puedo afirmarlo con exactitud porque el velo me impide verla bien.

—Es la mujer del muerto —me susurra el abuelo—. Mejor dicho, ahora, su viuda.

El cura comienza a hablar de nuevo. Miro a mi alrededor, pero no veo ningún banco para que descance el abuelo.

—Podría sentarme en una lápida —reflexiona él en voz baja—, pero eso no se hace.

El cura explica que no debemos estar tristes porque el amado muerto se nos haya ido.

—¿Lo ves? —le digo al abuelo.

Él había comentado antes que a los cristianos les gustaba estar tristes cuando alguien moría.

—Chiss... —musita el abuelo.

El hombre situado delante de mí se vuelve y me mira frunciendo el ceño.

Algunas personas lloran, pero yo no soy capaz de mirarlas. No sé por qué, me resulta penoso.

El abuelo tose, saca un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se suena. Entonces me doy cuenta de que al abuelo también se le han escapado unas lágrimas, no muchas, pero lágrimas al fin y al cabo.

El abuelo mira de reojo a la derecha, hacia mí.

—Soy un viejo chocho... —y tras intentar esbozar una sonrisa forzada, añade en un susurro—: Puro sentimentalismo...

Como no conozco el significado de esas palabras, me propongo preguntárselo más tarde al abuelo.

El cura vuelve a rociar el ataúd con agua bendita, y los empleados de pompas fúnebres comienzan a bajarlo a la fosa, colgado de dos cintas de lino.

¡Ojalá volcase el ataúd y se cayera! Sería muy cómico. Entonces se rompería este terrible silencio y quizás algunas personas reirían... Desde luego, a veces se me ocurren unas ideas de las que hasta yo mismo me asusto.

Junto a la tumba hay un enterrador con una cara de aburrimiento parecida a la mía. Sostiene en sus manos una bandeja con tierra y una pala diminuta, de juguete. El cura coge un poquito de tierra con la pala y la arroja dentro de la fosa. Al caer sobre el ataúd se oye un «plop» inquietante.

La gente camina en fila hacia la tumba y tira tierra a su interior. El abuelo también. Plop... Plop... Yo camino tras él y de pronto me encuentro sobre la plataforma de madera situada junto a la fosa. El cura sonrío y el enterrador me pone en la mano la pala de juguete. Yo no me atrevo a mirar hacia abajo, a lo mejor me caigo dentro. Cuando oigo el «plop» producido por la tierra arrojada por mí, salto con rapidez hacia atrás y estoy a punto de darme un trompazo.

Busco al abuelo con la vista. Está al final de una fila y me tiende la mano.

—Aún he de dar el pésame —explica.

Eso es algo parecido a dar la enhorabuena, sólo que justo lo contrario. Se estrecha la mano de los familiares del muerto y se les dice lo mucho que uno lo siente.

«Mi más sentido pésame» o «Nunca lo olvidaremos».

El abuelo, sin embargo, se limita a estrecharle la mano a la viuda en silencio y prosigue su camino. Yo hago lo mismo y le digo:

—Hasta la vista.

Estoy tan acostumbrado a pronunciar esta frase, que me ha salido sin querer. No obstante, me parece que no ha sido muy apropiada porque algunas personas me miran con gesto avinagrado.

—Bueno... —dice el abuelo—, ahora se dirigirán todos a terminar los ritos fúnebres en un restaurante hinchándose a comer.

—¿Nosotros también? —pregunto esperanzado.

—No, eso queda reservado a los parientes y amigos íntimos —me explica el abuelo.

¡Con el hambre que yo tengo!

El abuelo me promete parar en un puesto de salchichas y comprarme una.

—¡En fin, Michi! ¿Qué te ha parecido? —me pregunta el abuelo una vez acomodados en el taxi.

—Aburrido. Mortalmente aburrido —contesto yo mientras mordisqueo mi salchicha.

Estoy tumbado en la alfombra oyendo el nuevo disco del grupo Abba. Me lo ha prestado Ferdi. La Nowotny me ordena a gritos que baje el volumen. Huele a pastas de Navidad. Mamá y la Nowotny me han expulsado ya dos veces de la cocina. La masa cruda me encanta, pero mamá no me deja comerla. La Nowotny, por su parte, afirma que la masa cruda produce unos dolores de tripa espantosos. A su hija, que ahora vive en América, le causó, siendo pequeña, un dolor tal que tuvo que llevarla al hospital en una ambulancia. Yo a la Nowotny no le creo ni una palabra.

Llueve a cántaros. ¡Ojalá nieve pronto! Así Ferdi y yo construiremos en la pequeña colina del jardín nuestra pista particular para esquiar.

Veo detenerse el Peugeot azul del doctor Gnad. Bajo corriendo las escaleras y le abro la puerta porque no lleva paraguas. El doctor entra a visitar al abuelo. Ahora le ponen una inyección cada dos días para evitarle dolores.

El doctor se enfadó con él por asistir al entierro de Willi Jedlicka. «Es muy fatigoso para él», oí que le decía a mamá. Mientras, la Nowotny, en mitad de la puerta de la cocina, se limpiaba las manos en el delantal y asentía con rápidos movimientos de cabeza. El abuelo tiene los ojos cerrados.

—¿Quieres que te prepare una infusión, abuelo?

Le han prohibido el café. Ya únicamente puede tomar manzanilla con sacarina.

—Sí, por favor.

Se pasa la lengua por los labios. Los tiene agrietados, muy secos y ásperos. Seguro que está muerto de sueño.

En efecto. Está tan cansado que me dice que me marche y no vuelva hasta dentro de una hora, porque quiere dormir.

Transcurrido ese tiempo, regreso. Sí, ahora lo encuentro mucho mejor de aspecto. El sueño le ha sentado muy bien. Me pide que le lea el periódico porque ha perdido sus gafas. No consigo encontrarlas, a pesar de que las busco por toda la habitación.

Leo para el abuelo durante un buen rato, primero los titulares de la primera página y las noticias deportivas. Me salto los anuncios por palabras, pero el abuelo también quiere oírlos. Hasta las necrológicas quiere conocer.

—Señora Elise Grabowski, nacida el dieciocho-uno-mil novecientos ocho —leo.

—¿Cómo? ¿Sólo sesenta y nueve? —El abuelo se alegra—. Entonces esa mujer era más joven que yo...

Le alcanzo la manzanilla. El abuelo tiene mucha sed.

—Pronto florecerá el manzano en esta casa, Michi...

—¿En pleno invierno? ¡Imposible!

¡Qué cosas se le ocurren al abuelo!

—Era una broma. Cuando el manzano florece a finales de otoño significa que alguien está a punto de morir.

—No será verdad, ¿eh?

—No, sólo una antigua superstición que acaba de venirme a la memoria.

Me cuenta que ciertas personas creen que cuando cacarea una gallina, es que la muerte se acerca. O cuando un árbol se seca de repente, o un espejo o un vaso de cristal se cae al suelo, o la luz tiembla, o el tic-tac de un reloj de péndulo suena de forma extraña o se para. O cuando una puerta se abre sola o se oyen en la casa gemidos quejumbrosos que no pertenecen a nadie... Todos esos signos indican la muerte segura de algún conocido.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda.

—¡Ah! Y jamás enciendas tres luces a la vez en el mismo cuarto —me advierte el abuelo.

Yo me apresuro a contar las lámparas encendidas. Gracias a Dios son cuatro. Respiro aliviado, aunque sé que todo eso es una sarta de disparates.

—¿Existen gentes tan supersticiosas?

El abuelo no se ha dado cuenta de que yo me había asustado.

—Puedes apagar una lámpara con toda tranquilidad, Michi. Me voy a morir de todas formas...

El abuelo se ríe. ¡Sí, se ríe! No consigo entenderlo. Si yo supiera que voy a morir pronto, sería incapaz de reírme. Bueno, quizá no. El abuelo es fantástico: a pesar de todo está alegre.

Hoy es mi cumpleaños y luce el sol. Durante dos semanas ha llovido sin parar. Pero hoy, justamente hoy, el cielo es de un azul resplandeciente.

Gerlinde, de pie en el centro de la habitación, canta «Cumpleaños feliz»; detrás de ella, mamá, colgada del brazo de papá, sonrío e impide a la Nowotny ver los regalos de cumpleaños depositados en la mesa.

Por fin he conseguido mi bicicleta. Nuevecita, a estrenar. Y cinco libros y un elegante traje azul marino.

Mi hermana me ha regalado una caja de pinturas, y la señora Nowotny un gorro y una bufanda de punto hechos por ella misma. Ha sido un buen detalle por su parte.

Para desayunar, chocolate, como en todos los cumpleaños. Desgraciadamente he de ir al colegio. ¡Qué pena que hoy no sea domingo!

Tan excitado estoy que no me acuerdo de darle los buenos días al abuelo.

—¡Figúrate! —le digo a Ferdi—. Me he olvidado por completo del abuelo.

A Ferdi no le parece tan dramático. A mí, sin embargo, me remuerde la conciencia y me siento malvado. Seguro que el abuelo deseaba felicitarme por mi cumpleaños.

Al regresar a casa le compro al abuelo unas flores con todo el dinero de que dispongo.

No debía haberme remordido la conciencia, porque cuando me encamino a la habitación del abuelo, mi hermana me detiene.

—El abuelo duerme todavía.

Gerlinde me cuenta que mamá ha llamado al médico en plena noche porque el abuelo se quejaba de unos dolores tan espantosos que han tenido que ponerle una inyección. Nadie me lo ha dicho, por ser mi cumpleaños.

El abuelo no se despierta hasta las cuatro de la tarde.

—¡Hola, Michi! ¿Qué tal está mi niño el día de su cumpleaños? —dice el abuelo con voz débil y el rostro contraído.

—¿Te duele otra vez, papá? — pregunta mamá subiéndole la manta hasta el mentón, pero el abuelo gruñe malhumorado y se destapa.

—Hace demasiado calor.

Yo abro la ventana de par en par y le pongo al abuelo entre las manos otra taza de manzanilla.

El abuelo coge las tabletas amarillas que le ha recetado el doctor Gnad y las traga con un gesto de asco.

—¡Puah!

Se estremece.

—Pobre abuelo...

—¡Pamplinas! —refunfuña él—. Yo no soy pobre.

Intenta sonreír, pero sus labios apenas dibujan una torcida mueca de sarcasmo.

—Sí, me duele bastante —admite al fin. Y luego añade deprisa—: No he podido comprarte ningún regalo de cumpleaños, Michi.

—No importa —le contesto.

¡Lástima! Yo contaba con que me regalaría algo.

—Elige lo que más te guste de mi «cofre del tesoro».

¡Magnífico! El «cofre del tesoro» es la caja donde el abuelo guarda sus colecciones más antiguas. Está en el desván, así que salgo volando y la saco de entre los viejos baúles del armario.

Ya he hecho mi elección: la antiquísima y enorme lupa con mango de marfil. ¡Hacía tanto tiempo que la deseaba...! El abuelo no me deja hurgar en su cofre del tesoro si él no está presente. No obstante, siempre que he subido al desván con mamá o la Nowotny a tender la ropa no he podido resistir la tentación de inspeccionar su contenido. ¿Cómo iba a pasar de largo ante ella?

A través de la lupa todo parece diferente. La empuño y me aproximo al abuelo. De pronto sus ojos se vuelven gigantescos, inquietantes; sus fosas nasales se convierten en profundas cuevas. ¡Es terriblemente hermoso!

El abuelo profiere un extraño sonido, aprieta con fuerza los labios y se abraza con ambas manos la tripa.

Durante las dos últimas semanas, su vientre ha engordado, aunque no come prácticamente nada. Por el contrario, sus brazos y sus piernas no han dejado de adelgazar, lo mismo que su rostro.

—¿Te duele mucho, abuelo?

Él asiente en silencio y tuerce una de las comisuras de la boca. Palpa la almohada con las yemas de los dedos y luego levanta la cabeza y los hombros. Le quito la almohada porque a él le gusta tumbarse completamente horizontal.

—¿Quieres que avise a mamá? —le pregunto.

Él asiente de nuevo. Mamá llama al médico por teléfono, que acude media hora después. Le pone una inyección al abuelo, que se queda tranquilo, muy tranquilo.

Papá acaba de llegar a casa. He oído la cerradura.

El doctor se pone el abrigo.

—¿Está muy mal? — pregunta asustado papá.

—Ya lo ve. Sufre grandes dolores.

—¿Cuánto tiempo...?

Papá se detiene de pronto.

—Papá desea saber cuánto tiempo de vida le queda al abuelo —explico yo en su lugar.

Mamá inspira profundamente y me mira con severidad.

—¡Qué cosas tiene este niño...! —Mamá intenta disculparse ante el doctor Gnad—. No comprendo de dónde ha sacado...

Pero el médico menea la cabeza sin prestarle atención.

—Eso es imposible de precisar —afirma dirigiéndose a papá y a mí—. Un mes. Quizá dos. Puede que únicamente dos semanas.

Dos semanas. ¡Menuda tontería! De eso ni hablar. ¡Pero si dentro de dos semanas todavía no estaremos en Navidades! Dos semanas es demasiado pronto. Dentro de catorce días nuestra clase visitará el Museo de Historia Natural. Sí, justo dentro de dos semanas.

—¡Michi! ¡Déjate de papar moscas y come!

La sopa se me ha quedado fría.

—¿Podré trasladarme al cuarto del abuelo cuando se muera?

¡Gerlinde!

Papá mira enfadado a mi hermana.

Mamá se levanta de un salto, rodea la mesa corriendo y sacude dos bofetadas a Gerlinde, una en cada carrillo.

—Eso es lo que te mereces —la recrimina mamá.

A continuación se sienta de nuevo a la mesa, se tapa la cara con las manos y prorrumpe en sollozos.

Gerlinde permanece muda, sin pronunciar palabra. No llora, pero han surgido en sus mejillas dos enormes manchas rojizas.

Yo termino mi sopa fría a cucharadas, lo más deprisa que puedo.

—No has debido pegar a Gerlinde por semejante observación —le reprocha papá a mamá.

Yo le tiro a Gerlinde del jersey y mi hermana se levanta de la mesa. Nadie nos detiene cuando nos dirigimos hacia la puerta. Luego nos retiramos a la habitación de Gerlinde.

—¡Eso ha sido asqueroso por parte de mamá! —grita mi hermana enfurecida nada más cerrarse la puerta.

Se arroja sobre la cama y se echa a llorar. ¡Y de qué manera! Yo espero a que termine hojeando su libro de relatos de terror.

—¿Te imaginas que de pronto desaparezca el abuelo? —le pregunto—. Que se muera, que ya no esté con nosotros.

Gerlinde fija sus ojos en mí y se encoge de hombros.

—No sé... En cierto sentido, sí..., y en cierto sentido, no... ¡Bah! ¡Qué sé yo...!

Reflexiona unos momentos.

—Todas las personas tienen que morir. El abuelo ya es viejo —...Gerlinde bosteza—. Y nosotros no somos capaces de inventar un remedio contra la muerte. Michi, es mejor que te vayas a la cama.

—Pero el cuarto del abuelo no será *para ti* —le digo cuando salgo.

Noto que mi hermana me sigue con la mirada. Seguramente la he dejado con la boca abierta. Sólo pretendía enfadarla.

—No —dice mamá colocándose delante de la puerta—. Ahora no puedes pasar.

No comprendo por qué me impide mamá ver al abuelo. Yo no pretendo molestarle, sino únicamente sentarme unos minutos junto a su cama.

—¡Michi! ¡He dicho que no!

Me entra una rabia sorda, incontenible. «Ya te enseñaré papá cuando regrese», pienso.

Mamá me manda hacer mis deberes y desaparece de nuevo en la habitación del abuelo.

—¡Señora Nowotny! —grita en dirección a la cocina—. Échele un vistazo a los cuadernos de Michi.
¡Lo que faltaba!

Me invade una rabia tan grande que me resulta imposible concentrarme, y menos aún en una redacción como la que me han puesto: «Mis Navidades ideales».

En cuanto llega papá, me arrojó sobre él y me quejo a voces del comportamiento de mamá.

—Al fin y al cabo se trata de *mi* abuelo. De mamá es simplemente el suegro.

—¡Tranquilízate, tonto! —responde papá—. Te prometo que hablaré con mamá. Ella quiere siempre lo mejor para ti, Michi, de verdad. No desea que veas sufrir al abuelo.

—Me importa un pito —digo intentando contener las lágrimas.

Escribo la redacción a toda velocidad. Seguro que me pondrán un cuatro. Sin embargo, cuando estoy en la última línea, caigo en la cuenta de que quizás haya equivocado el tema. Lo que he escrito es un relato de nuestra última Navidad.

¡Bueno, es lo mismo!

Papá viene a buscarme a mi habitación.

—Ven conmigo.

Camina delante de mí y penetra en el cuarto del abuelo.

El abuelo tiene los ojos medio abiertos, medio cerrados. Levanta levemente la mano. Quiere decir algo y sus labios se mueven, pero de ellos no se escapa ni una palabra.

—Es debido a las inyecciones —murmura papá.

El abuelo parece en estos momentos un enfermo de verdad. Su rostro está muy delgado y pálido; en su frente brillan diminutas gotas de sudor.

—¡Abuelo! —exclamo poniéndole la mano sobre el brazo.

Él abre los párpados, pero sólo durante un instante muy breve, tras del cual vuelve a cerrar los ojos.

Papá me indica con un gesto que debo abandonar la habitación. Fuera me encuentro a la Nowotny, sonándose la nariz.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡El señor Nidetzky...! ¡Qué cosas pasan...! —tartamudea.

—Está provocado por las inyecciones —le digo—. Eso es lo que da tanto sueño al abuelo.

—¡El abuelo ha muerto!

Gerlinde me sacude, pero yo no consigo despertarme del todo.

—¡Michi! ¡Se ha muerto el abuelo!

De pronto me siento en la cama tieso como una vela. Siento una extraña sensación en el estómago. Me levanto de un salto y me calzo las zapatillas.

—¿Y ahora? —pregunto sin esperar respuesta.

No sé qué hacer.

Mi hermana mira absorta por la ventana. Aún no ha amanecido.

La puerta de la habitación del abuelo está entornada y yo oigo hablar en voz baja. Empujo la puerta con el pie para abrirla un poquito más y veo: mamá está situada de espaldas ante la cama del abuelo; papá, sentado en el viejo sillón, clava sus ojos en el cuadro colgado encima de la cama.

Súbitamente papá se levanta, se acerca a la puerta y la abre de par en par: me topo con él frente a frente. Papá me pasa un brazo por los hombros y me aprieta con tanta fuerza que me hace daño.

En realidad todo sigue como siempre. El abuelo tumbado en su cama. Durmiendo. No, esta vez no duerme. Gerlinde acaba de decir que el abuelo ha muerto.

¿O está dormido a pesar de todo? Ofrece ese aspecto. Parece como si fuera a esbozar una sonrisa en sueños. Sus brazos yacen sobre el edredón.

Mamá se sobresalta al verme. Papá le pone despacio el índice entre los labios.

—Ahora el abuelo ya no padece dolores, Michi.

—Sí —confirmo yo—. Sí.

Cierto. Yo aún no lo había pensado. Quizá para el abuelo sea preferible haber muerto a sufrir esos constantes dolores. Seguro.

De pronto, siento como si se me hubiera quitado un gran peso de encima.

—¡Entonces el abuelo está bien! —exclamo a gritos un tanto asombrado.

Mamá solloza.

—Sí, ojalá lo esté ahora que ha fallecido.

—Al abuelo no le gusta que la gente diga esas tonterías — puntualizo —. Me lo explicó en el cementerio.

El abuelo *ha muerto*. ¡Pura y simplemente muerto!

Mamá no ha prestado atención a mis palabras. Yo espero algún tipo de respuesta, pero ella se limita a sollozar en voz baja.

Yo no dejo de mirar al abuelo. Muerto. Pura y simplemente muerto.

Así de rápido suceden las cosas. Ayer aún respiraba. Hoy está inmóvil. Ya no se mueve. Mi abuelo ha muerto.

Ignacio trota sin cesar por su rueda como si nada hubiera pasado. Deberíamos ser hámster. Dedicarnos únicamente a comer, a dormir y a correr...

—Es preferible que vaya al colegio a que se quede en casa sin hacer nada...

Están hablando de mí. ¡Qué cosas se le ocurren a mamá! Llegaría como mínimo media hora tarde. ¿Qué excusa le daría entonces al Mühlhuber? ¿Que mi abuelo se ha muerto esta noche? ¡Y por qué no! Es la verdad, al fin y al cabo.

Meto en mi cartera el cuaderno de matemáticas.

El doctor Gnad acaba de llegar. Papá le dice que debe extender el certificado de defunción. Eso es un papel en el que el médico escribe de qué ha muerto el paciente. Para que todo esté en orden.

Bueno, el caso es que voy al colegio. La señora Nowotny se dedica a sus labores cotidianas mientras empapa con sus lágrimas un pañuelo tras otro. Mamá tiene los ojos hinchados y papá pone la misma cara que si lleváramos siete días de lluvia ininterrumpida. Gerlinde ha desaparecido. Seguro que está ya esperando el autobús.

—El abuelo no quiere que lloréis —digo al despedirme.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta entre sollozos la Nowotny.

—El chico tiene razón —precisa el doctor Gnad.

—Perdone el retraso —digo jadeando—, pero mi abuelo se acaba de morir.

El Mühlhuber abre unos ojos como platos. Algunos niños se ríen.

—No es cosa de risa —advierte el profesor.

—¿De verdad? —me susurra Ferdi.

Mi amigo quiere enterarse de todos los detalles: qué aspecto tiene ahora el abuelo, si le resultó dolorosa la muerte, cuándo le van a enterrar...

Yo no sé responder a sus preguntas y menos a la última. Debería haberme quedado en casa. ¿Y si el abuelo ya no está allí cuando yo regrese de clase?

—¿Seguro que se ha muerto de verdad? —insiste Ferdi—. ¿Seguro que ya no respira?

Y me cuenta que en las películas los muertos —bueno, en realidad no son muertos auténticos, sino actores que fingen estar muertos— llevan una tabla bajo la camisa para que al tomarles primeros planos no se les vea respirar.

—No obstante, no creo que sea éste el caso. No creo que tu abuelo llevara una tabla encima del pecho.

Mamá está friendo huevos en la sartén.

—Hoy hay que darse prisa. ¿Quieres un vaso de leche?

Yo corto otra rebanada de pan. Suena el timbre de la puerta del jardín.

—¡Dios mío! —exclama mamá—. ¡Los amortajadores! Ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

Corre a abrir la puerta.

Son dos, un hombre y una mujer, que cruzan por delante de la cocina.

Pocos instantes después oigo la puerta de la habitación del abuelo.

¿Qué pretenderán hacer éstos con mi abuelo?

—No me gustaría nada verlo de nuevo —informa la señora Nowotny—. Ya lo presencié una vez, cuando murió mi vecino. Los amortajadores, que se dedican a lavar y adecentar los cadáveres, son unos brutos, les trae sin cuidado que los huesos se partan.

Se me atraganta un trozo de huevo frito. Ya sé por qué no me gusta la Nowotny: porque siempre dice las cosas más inoportunas en el momento más inoportuno.

Mamá regresa pálida, muy pálida, a la cocina.

—¿Es que no te han puesto deberes? —me pregunta.

—Sí.

—Entonces, vete en seguida a tu habitación.

Vuelve a sonar el timbre. Miro por la ventana. Delante de la puerta del jardín ha aparcado un coche fúnebre negro. Traen un ataúd a casa. De color marrón oscuro. ¿Qué entierro le harán al abuelo, de primera o de segunda clase?

Pasado algún tiempo, regresan con el ataúd al coche. Yo sé lo que esto significa: mi abuelo va ahí dentro, en el ataúd.

—¡Adiós, abuelo! —digo en voz baja, muy baja, para que no me oiga nadie.

Tengo que ponerme el traje de cumpleaños. A mamá le ha prestado un vestido negro una amiga, y papá ha comprado un traje también negro para el entierro.

—De todas formas necesitaba uno nuevo. Así mato dos pájaros de un tiro —ha dicho.

Mi hermana tiene los ojos llorosos. No precisamente por la tristeza, sino por la pelea que ha sostenido con mamá. Gerlinde no quería ponerse falda, sino sus pantalones negros, pero mamá no lo ha permitido porque, según ella, eso era una monstruosa falta de respeto.

Ya hace dos días que murió el abuelo. Sin embargo, de alguna manera él sigue estando aquí. Es una sensación que no acierto a explicar. Quizá porque ahora todo el mundo habla de él. A mí me resulta impensable que esto pueda cambiar alguna vez.

El panteón de nuestra familia está en el cementerio Baumgartner. En él fue enterrada mi abuela, y ahora harán lo mismo con mi abuelo. Lo enterrarán encima del ataúd de mi abuela.

Me he situado en primera fila de la capilla ardiente. Esta vez soy yo el primero, camino inmediatamente detrás del ataúd.

El coche que transporta la caja se balancea un poco. «No te caigas, abuelo», pienso. Pero en seguida me doy cuenta de que no le importaría nada. Ya no le saldrían cardenales, ni se haría daño.

Todo transcurre igual que en el entierro de Jedlicka. Con una diferencia: ya no está el abuelo a mi lado.

Bajan el ataúd a la tumba. El pastor echa un poquito de tierra, luego mamá, a continuación papá.

Yo me encuentro bien porque conozco el asunto. Me siento más listo que los demás. No lloro porque no lo necesito.

—¡Michi! —susurra papá, propinándome un tirón de la manga—. Ahora tú.

Subo a la plataforma de madera y alguien me coloca la pala entre las manos. Me quedo paralizado. No soy capaz de usarla. El ataúd está tan abajo... No puedo echar tierra encima de mi abuelo... Me siento mal. ¡Qué mal, Dios mío! Me mareo... Todo me da vueltas.

—... Luego ha gritado: «Abuelo», y se ha desplomado. ¡Se ha desmayado el pobre chico!

La voz suena muy lejos. No sé a quién pertenece. Estoy tumbado en el asiento trasero de un coche. El nuestro.

—Michi...

Un rostro enorme aparece justo encima de mí. Es mi hermana que me sonrío.

—Hola —me oigo decir a mí mismo—. ¿Qué ha sucedido?

—Te has caído —me explica Gerlinde.

Me zumba la cabeza. Tengo sueño, un sueño invencible. Y calor.

—Ya ha pasado, Michi.

Papá me acaricia. Luego se sienta al volante. Mi hermana me coloca la cabeza en su regazo. Partimos.

A mí se me cierran los ojos.

—Bien, ya ha bajado la fiebre.

Mamá me ha quitado el termómetro de la axila y lo lee.

—Ya sólo tiene treinta y siete seis.

Aún estoy débil. Mamá insiste en que permanezca en cama y beba leche con miel.

Se está bien en la cama. Tan bien que querría no levantarme nunca. También me gustaría que mamá me mimase. Yo le ruego una y otra vez hasta que me lee algo.

Doy unos quejidos lastimeros que preocupan muchísimo a mamá. Bueno, en realidad no me falta de nada, únicamente pretendía probar si resultaban naturales.

Me encantaría que ahora me contasen un cuento. De los de verdad. Sí, uno de los de Michi Nidetzky...

—¿A qué cuento te refieres? —pregunta mamá sin comprender.

—Erase una vez un niño pequeño que se llamaba Michi Nidetzky. Un buen día se murió su abuelo y se quedó solo en el mundo.

Me parece oír la voz del abuelo... Sin embargo, él ya no está.

Pero me doy cuenta perfectamente de cómo han sonado mis palabras.

No puedo contener las lágrimas. ¡Maldita sea! Me doy pena a mí mismo. Es una idiotez. Pero mi llanto es totalmente espontáneo, ¡de verdad!

—¡Hola, viejo! ¿Qué tal?

Ferdi, sentado en mi cama, balancea las piernas, produciendo un movimiento de vaivén en el colchón.

—Ya has vagueado bastante.

Me alegro de que Ferdi haya venido.

—Estoy enfermo —me quejo.

—¡Mentira! —responde mi amiga—. Tu madre me ha contado que esta mañana ha desaparecido la fiebre.

Cierto. He dormido de un tirón toda la noche y parte del día.

¡Maldita sea! No he hecho más que despertarme y ya estoy pensando otra vez en el abuelo. Se me vuelven a saltar las lágrimas.

—¿Estás loco? —Ferdi me propina un pellizco en la mejilla—. ¿No llorarás por tu abuelo, eh?

Trago saliva.

—¡Qué tristeza tan grande!

Lloro de nuevo. No puedo impedirlo. Es superior a mis fuerzas.

Ferdi se desata en improperios, me regaña como un carretero. Yo le conté el otro día el entierro de Jedlicka y lo que el abuelo me dijo en esa ocasión.

—¡Y de repente te encuentro metido en la cama, berreando y compadeciéndote a ti mismo!

No le falta razón.

—¿Has traído el disco de Abba? —le pregunto.

Por lo general, Ferdi lo lleva siempre consigo.

Lo pone. Yo me levanto de la cama y subo el volumen al máximo.

—¡Silencio! —grita mamá.

Hoy me da igual lo que diga. Cierro la puerta por dentro y Ferdi y yo nos dedicamos a corear las canciones a voz en grito.

—¡Qué frescura! —se lamenta papá—. Es igual que un buitre...

—Todavía no se ha enfriado el cuerpo de papá cuando aparece ella —asiente mamá.

El buitre es la señora baronesa. Ella también estuvo en el entierro. Pero hoy se ha presentado de improviso ante la puerta preguntando si «el señor Nidetzky, que en paz descanse» le había dejado algo. «Me prometió una libreta de ahorros», ha precisado.

Papá ha montado en cólera y casi la echa de casa. No ha hecho falta, porque ella se ha ido por su propio pie al darse cuenta de que no existía su herencia.

Papá la sigue con la mirada. Esa anciana cómica y diminuta me da pena. Quizá el abuelo la amó de verdad un día...

Gerlinde pone la mesa mientras papá condimenta la salsa de los *spaguetti*. Ese plato es su orgullo, en realidad es el único que sabe cocinar bien.

Después de comer, papá me entrega una carta.

—Es para ti. ¿No quieres abrirla?

Papá se muere de curiosidad. Está ansioso por saber lo que dice.

Es una carta del abuelo. Conozco perfectamente su letra, una letra muy bonita, como yo no tendré nunca.

Comienzo a leer en voz alta.

Querido Michi:

Espero que no hayas llorado demasiado ni estés muy triste, porque recuerda que no existe motivo alguno para ello.

Sé que te pareces mucho a mí, y por eso deseo que seas tú quien herede mis «tesoros». Ya sabes a cuáles me refiero: a los prismáticos y tinteros, a los microscopios y a la caja de las gafas. También te dejo el cofre del tesoro, pero lo mejor será que lo guardes para tus hijos y de tiempo en tiempo le añadas nuevas maravillas.

Los libros también son para ti, aunque deben conservarlos tus padres. Cuando seas mayor podrás decidir con cuáles te quedas y con cuáles no.

No te olvides de los cuentos de Michi Nidetzky. Me habría gustado poder contarte muchos más.

Te deseo que seas tan feliz en la vida como lo he sido yo. Te besa

Tu abuelo.

Estoy contento. Jamás había recibido una carta tan bonita.

Mamá tiene lágrimas en los ojos, y eso no me gusta.

—Deja de llorar, mamá —le digo con tono severo—, porque recuerda que no existe motivo alguno para ello.

Mamá intenta sonreír.

—¿Heredaré yo la habitación del abuelo? —pregunta temerosa Gerlinde.

—Así lo hemos decidido hace tiempo.

Las palabras de papá tranquilizan a mi hermana.

Yo me encamino al cuarto del abuelo y me siento en su cama balanceando las piernas.

Mis pies tropiezan contra algo duro. Es la sopera con los huevos conservados en salmuera. A saber dónde estará el año que viene...

Deposito la caja de las gafas sobre la cama y me pruebo una gafa tras otra.

Y de pronto se desvanece la tristeza. Sí, la tristeza por la muerte del abuelo. Porque él no está muerto del todo ni lo estará mientras haya alguien que piense en él.

Yo, desde luego, no le olvidaré nunca, nunca. Nada me gustaría más que llegar a ser un abuelo tan bueno como él.

Elfie Donnelly
“Adiós abuelo”, dije en voz baja
Madrid: Alfaguara, D.L. 1987